

01 Empoderamiento y acción colectiva en producciones agroalimentarias con identidad territorial. Una experiencia de intervención universitaria en zonas urbanas y periurbanas en un contexto de inseguridad alimentaria y emergencia social¹

Carlos Schiavo

RESUMEN El trabajo analiza un Programa de intervención territorial de la Universidad de la República (UdelaR) Uruguay, originado ante la demanda de cientos de vecinos desempleados y sin ingresos en cuanto a recibir apoyo para la producción de hortalizas y cría de animales y contar así con una base alimenticia fundamental, dado el contexto de emergencia social e inseguridad alimentaria derivado de la crisis económica que sacudió al país a partir del año 2002. Así, sin experiencias previas y con un fuerte impulso estudiantil, se implementó el “Programa de Producción de Alimentos y Organización Comunitaria”, de apoyo y servicio a los sectores sociales más vulnerables dentro del área metropolitana de Montevideo.

La interacción entre universitarios y agricultores urbanos permitió desarrollar ricos procesos de intercambio de saberes, de acción colectiva, de fortalecimiento de redes sociales y de rescate de identidades territoriales agroalimentarias, cuya revalorización constituye una estrategia efectiva de mitigación de la pobreza y un desafío para transformar los saberes locales en recursos económicos que procesen seguridad alimentaria, empoderamiento e inclusión social, calidad de vida, dignificación y emancipación.

Palabras clave seguridad alimentaria | emergencia social | intervención universitaria | agricultura urbana y periurbana | alimentos con identidad territorial | empoderamiento

Carlos Schiavo

Ing. Agr. MSc. Agrícolas. Profesor e investigador del Área de Sociología, Depto. de Ciencias Sociales, Facultad de Veterinaria, UdelaR, Uruguay.

E-mail: cnschiavo@gmail.com

Fecha de recepción: 09 | 06 | 2008

Fecha de aceptación: 31 | 07 | 2008

¹ El documento amplía y profundiza el trabajo “Agricultura Urbana y Seguridad Alimentaria, acción colectiva y actividades productivas en poblaciones bajo la línea de pobreza”, presentado por el autor al VII Congreso Latinoamericano de Sociología Rural, Grupo de Trabajo 3, Movilización de recursos para el desarrollo local, realizado en Quito, Ecuador, en noviembre de 2006.

SUMMARY The study, analyzes a territorial intervention Program of the University of the Republic (UdelaR) Uruguay, originated upon demand of hundreds of unemployed neighbours without income, willing to receive support for the production of gardens and farm animals raising, and aiming to count on a basic food foundation, given the social emergency and food insecurity context resulting from the economic crisis that shook the country since 2002. Thus, the UdelaR, without prior experiences and with a strong student impulse, implemented the “Program of Food Production and Communitarian Organization”, for the support and service to the most vulnerable social sectors within the metropolitan area surrounding Montevideo.

The interaction between university members and urban farmers, allowed the development of rich knowledge inter exchange, of collective action, of social nets strengthening and reinforcement of territorial food-producing identities. This territorial identities revalorization constitutes an effective strategy for poverty mitigation, as well as a challenge to transform the local knowledge into economic resources turning into food security, empowerment and social inclusion and life quality, in addition to conferring dignity and emancipation.

Key-words food security | social emergency | university intervention | urban and suburbs agriculture | food with territorial identity | empowerment

Aun sin conformarnos ante lo inevitable, dedico este artículo al Ing. Agr. Ricardo Cayssials, brillante en su excelencia y su humildad, profesor e investigador uruguayo de las ciencias agrarias, sociales y ambientales, recientemente desaparecido. Con el privilegio de su amistad, compartimos valores y compromisos irrenunciables con los desposeídos del campo. Compañeros de mil jornadas, transitamos años inolvidables entre los terrones de las microcuencas del río Santa Lucía, los caminitos de tierras coloradas del norte y las experiencias autogestionarias desbordantes de utopías libertarias en la Comunidad del Sur... Compartimos sueños y espacios de participación solidaria, junto a colonos, productores familiares y asalariados rurales, en tiempos de exacerbado neoliberalismo y excluyente “racionalidad” productivista, tecnocrática y competitiva. Hoy día, entre los vientos progresistas de cambio, nos deja un legado de análisis crítico y mucha luz para transitar con paso firme... La pérdida de Ricardo trasciende las fronteras de la ciencia para abarcar la dimensión humana más profunda.

1. Introducción

Se presenta una experiencia de intervención de la Universidad de la República, Uruguay (UdelaR), que apoya a través de cinco servicios la producción de hortalizas y la cría de animales, a niveles familiar y comunitario, ante la demanda social de pobladores de escasos recursos de barrios populares de Montevideo y de zonas de la periferia decididos a enfrentar el deterioro social y económico resultante de la grave crisis que sacudió al país a partir de julio de 2002.

La fuerte recesión económica agravó los problemas de desempleo y falta de ingresos “aumentando significativamente la pobreza que alcanzó en 2003 al 41% de los habitantes de Montevideo (Blum, 2007)” y el área metropolitana, situación que dejó al descubierto los graves problemas de inseguridad alimentaria que padecían miles de familias. Se precipitó así el resurgimiento de la autoproducción de alimentos en zonas urbanas y periurbanas de la capital, que nuclean algo más de la mitad de la población del Uruguay.

Ante la ausencia de políticas públicas y respuestas oficiales que enfrentaran en ese período la gravedad de la problemática alimentaria, se efectivizaron múltiples acciones en diferentes ámbitos por parte de organizaciones sociales y ONG, principalmente educativas, de promoción social, etc., que impulsaron y acompañaron diversas modalidades de movilización y acción colectiva que comprendían desde la proliferación de ollas populares y merenderos hasta la puesta en marcha de emprendimientos productivos de autoconsumo a lo largo y ancho del país.

El contexto de *emergencia social*, desconocido por su magnitud en el Uruguay, encontró a la Universidad sin antecedentes de intervención en problemáticas similares, lo cual significó un fuerte desafío para generar respuestas apropiadas a las expectativas de los agricultores urbanos y periurbanos. Se diseñó por ello el “Programa de Producción de Alimentos y Organización Comunitaria” (PPAOC) con el propósito de contribuir, a través de la Agricultura Urbana y Periurbana (AUP), a mitigar la falta de alimentos y procesar la organización y el mejoramiento de la calidad de vida de las poblaciones más desfavorecidas. Se priorizaron herramientas y espacios participativos de planificación, diagnóstico, gestión, acción en terreno y evaluación, para avanzar en la organización y autosuficiencia alimentaria mediante la producción propia, proceso que adicionalmente perseguía el abaratamiento de los costos de alimentación de las familias involucradas en el programa y la generación, en lo posible, de ingresos vía comercialización de la producción excedente. Las estrategias de intervención enfatizaron esfuerzos hacia el fortalecimiento y/o la creación de redes sociales y vínculos comunitarios en las diferentes zonas de intervención, lo que contribuyó a

promover en los actores productivos la creación y/o fortalecimiento de capital social, autoestima, solidaridad, dignificación y empoderamiento.

Los contenidos del trabajo se presentan en varios apartados; a saber: el concepto de Agricultura Urbana y Periurbana (AUP), su relación con la seguridad y la soberanía alimentaria, con la pobreza urbana, algunas experiencias en países del norte y del sur y la AUP como cultura agroalimentaria y valor identitario en nuestros territorios, se desarrollan en el apartado 2; el programa de intervención, el contexto país, servicios universitarios participantes, abordaje teórico-conceptual, objetivos del PPAOC, metodología, desarrollo y resultados, lecciones aprendidas, desafíos y conclusiones son referidas en el apartado 3. Finalmente, se presenta la bibliografía respectiva.

2. Agricultura Urbana y Periurbana

Son diversas y variadas las definiciones de Agricultura Urbana y Periurbana (AUP) acorde a la compleja realidad que encierra ante la multiplicidad de situaciones, características geospaciales, contextos económicos y culturales, actores, objetivos, sistemas productivos y metas que caracterizan su devenir. Urban Harvest (2006) define a la AUP “como las actividades de producción agrícola, procesamiento y distribución –dentro y alrededor de ciudades y pueblos–, cuya motivación esencial es la generación de consumo e ingresos personales, las cuales compiten con otras actividades urbanas por recursos urbanos escasos de tierra, agua, energía y mano de obra”. La Red Águila (1999) indica que la AUP es “una práctica agrícola y pecuaria en centros urbanos que, tras iniciativas de productores, produce en una amplia gama de espacios: zonas marginales, villas, asentamientos irregulares, nuevas urbanizaciones de pueblos y ciudades, áreas periurbanas, zonas altas, utilizando recursos locales como mano de obra, espacios, agua, desechos sólidos, muchas veces orgánicos, así como servicios, con la finalidad de generar productos destinados al autoconsumo y también a la venta en los mercados”. A su vez, Santandreu *et al.* (2000) refiere que la agricultura urbana es la práctica agrícola y pecuaria que se desarrolla en forma independiente de su situación legal, dentro y alrededor de la ciudad, en espacios públicos o privados y por iniciativa individual o colectiva de los ciudadanos y/o facilitada por organizaciones públicas o privadas, con destino al autoconsumo, la comercialización, la mejora del entorno ambiental y urbano y la promoción y educación, que cultiva, procesa y distribuye una diversidad de productos alimenticios y no alimenticios, y reutiliza recursos humanos y materiales que se encuentran en el entorno urbano y difunde una diversidad de conocimientos y prácticas.

2.1. Relación de la AUP con la seguridad y la soberanía alimentaria

Desde tiempos ancestrales, la AUP ha hecho contribuciones importantes a la alimentación de los habitantes de las ciudades. Datos recientes muestran que un número creciente de pobres urbanos dedica trabajo y esfuerzos a la explotación de pequeñas parcelas agrícolas como parte sustancial de estrategias de mitigación de la pobreza. Es que

“los reducidos ingresos de una parte importante de la población urbana hacen que el acceso a los alimentos y en algunos casos la calidad de los mismos no sean los deseables, generándose así severos problemas de malnutrición. La producción urbana de alimentos es en definitiva, una forma de asegurar el adecuado acceso a alimentos de buena calidad por parte de los sectores más empobrecidos”. (Blixen, 2002)

Son “alrededor de 800 millones de personas en el mundo, las que desarrollan actividades relacionadas a cultivos urbanos y periurbanos o en actividades económicas afines” (Urban Harvest, 2006:2).

Es aceptado, entonces, que la AUP puede ayudar a mejorar la seguridad alimentaria al producir alimentos en casa, complementar la dieta familiar e inclusive llegar al mercado. Al respecto, se multiplican los emprendimientos de huertas comunitarias y familiares que avanzan en los propósitos de sustentabilidad y encarar producciones orgánicas con el consiguiente beneficio para la salud humana y el mejoramiento del medio ambiente. Sin embargo, y a pesar de las fuertes connotaciones socioeconómicas, identitarias, ambientales y productivas que tiene la AUP en América Latina, al ser suscrita por sujetos sociales de alta vulnerabilidad y en zonas de alto riesgo ambiental, no ha sido priorizada ni abordada en profundidad en los ámbitos académicos en concordancia con su relevancia dentro de los sectores más pobres de nuestros países. Pocos trabajos dan cuenta de sus implicaciones más profundas a nivel del entramado social y sobre los impactos positivos que la AUP ejerce. Al respecto, la FAO (1999) señala que “la agricultura urbana ha sido pasada por alto; se ha visto subestimada; se ha escrito insuficientemente sobre ella y los impactos positivos que la AUP puede ejercer en la ciudadanía urbana, en la utilización de recursos y sobre el medio ambiente”.

Por lo tanto, no nos debe sorprender la ausencia en América Latina (con excepción de Cuba y más recientemente Argentina, Brasil y Venezuela) de políticas públicas integrales que contemplen dentro de los planes de ordenamiento territorial, de combate a la pobreza y de seguridad alimentaria, la promoción y el apoyo al desarrollo de la AUP. Este vacío pone aún más al

descubierto *la inseguridad alimentaria prevaleciente en nuestros países, que denota la incapacidad de los gobiernos de asegurar a todos los habitantes y en todo momento, alimento suficiente, inocuo y de calidad*, para satisfacer las necesidades nutricionales que permiten el desarrollo de una vida saludable y activa. Por ello, el concepto de seguridad alimentaria se desdibuja ante las políticas y acciones de muchos gobiernos por canalizar los esfuerzos de inocuidad y calidad de los productos agroalimentarios, fundamentalmente hacia los productos exportables. La necesaria atención y prioridad de procesar seguridad alimentaria a los habitantes de nuestros países queda en segundo plano ante la prioridad de conquista de los mercados internacionales.

Por otra parte, si bien la inocuidad es un elemento trascendental en la preservación de la salud de los consumidores, no la garantiza. Y aquí fijamos la atención en una variable fundamental que tiene que ver con la *educación alimentaria*, dado que está demostrado que los *hábitos de alimentación* de una población son factores muy importantes para que la misma sea saludable y balanceada. Además, y es también un tema educativo, las grandes mayorías de la población deberían compartir las preocupaciones ambientales y *exigir que la producción de alimentos no afecte el ambiente, sea sustentable y respete la biodiversidad*. La huerta orgánica urbana y periurbana tiene al respecto un futuro muy promisorio.

El actual concepto de *seguridad alimentaria* aporta poco o nada sobre la necesidad de que los países emergentes sean autosuficientes en la base de sus propias producciones y autoabastecimiento. Los grandes exportadores de alimentos del norte y aun del sur argumentan que la mejor manera de que los países pobres logren la seguridad alimentaria es la importación de alimentos baratos *en lugar de tratar de producirlos por sí mismos*. Esto vuelve a los países latinoamericanos más dependientes del mercado internacional, expulsa de sus tierras a los campesinos y productores familiares que no pueden competir con las importaciones subsidiadas y terminan en las urbes en búsqueda de empleos que no existen. *La seguridad alimentaria, entendida de esta forma, reproduce la pobreza y la exclusión*.

La crisis del modelo agroalimentario mundial admitida en marzo de 2008 por la FAO y otros organismos internacionales hizo que el precio de los alimentos –lácteos, carne y en especial cereales– se dispararan sin control todo el año 2007 y en 2008. La crisis alimentaria se expande: *hay cien millones de nuevos hambrientos*, y sabemos cuáles son las causas de tal crisis, entre ellas, que *el comercio de alimentos está sometido a especulación extrema* (Grain, 2008).

Esta situación conlleva al debate público y a incluir en las agendas políticas y académicas la urgencia de que los Estados se posicionen respecto de “cómo” asegurar la realización y defensa del derecho humano a la alimentación. *Éste es el debate ético contemporáneo* y de alcance planetario que nos define en función de jerarquizar el concepto de “soberanía alimentaria”, a la cual tienen derecho los países y pueblos del mundo. De acuerdo con Vía Campesina (2004):

“la soberanía alimentaria es el derecho de los pueblos, de sus países o uniones de estados, a definir su política agraria y alimentaria, sin dumping frente a terceros países. Es el derecho también de los campesinos y productores familiares a producir alimentos y comercializarlos adecuadamente y es el derecho también de los consumidores a poder decidir lo que quieren consumir y conocer en detalle quién lo produjo y cómo”.

Incluye priorizar la producción agrícola local para alimentar a la población, el acceso de los campesinos y de los sin tierra a los medios de producción, como a la propia tierra, el agua, las semillas y el crédito. De ahí la necesidad de reformas agrarias, de la lucha contra los OGM (Organismos Genéticamente Modificados) y de mantener el agua en su calidad de bien público, preservada y distribuida en una forma sostenible. Este esquema de pensamiento sobre el concepto de soberanía alimentaria pone su acento en la autonomía local, los mercados locales y la acción comunitaria. Según José Bové, dirigente campesino francés: “Para los pueblos del sur, la soberanía alimentaria significa el derecho a protegerse contra las importaciones. Para nosotros, significa lucha contra la ayuda a las exportaciones y contra la agricultura intensiva. No hay contradicción en ambas” (CLAES, 2008). De este modo, el marco de la política de la soberanía alimentaria se inicia colocando la perspectiva y las necesidades de las mayorías en el corazón del programa político alimentario mundial, dado que abarca no solamente el control nacional y soberano de la producción y los mercados, sino también *el derecho a la alimentación y el uso de enfoques ambientalmente sustentables para la producción*. “Lo que surge es un argumento persuasivo y muy político para volver a centrar el control de la producción y el consumo de alimentos dentro de procesos democráticos afianzados en sistemas alimentarios localizados” (Windfuhr 2005). Así, el territorio, como construcción social, puede potenciar sus capacidades de desarrollo en *escenarios donde los actores locales protagonicen y lideren procesos de rescate y revalorización de sus patrimonios culturales agroalimentarios*. Y de esta manera la producción de alimentos con identidad territorial tiene en la AUP y en los procesos de transformación o agroindustrialización espacios muy relevantes para la acción colectiva y el “empoderamiento” territorial de entramados sociales de alta vulnerabilidad socioeconómica. Al respecto, *la soberanía alimentaria* abarca también a los millones de pobladores urbanos que luchan por sobrevivir en las grandes ciudades. La producción en huertas familiares o comunitarias no solamente brinda alimentos que la gran agricultura de escala industrial no puede ofrecer, sino además un grado de dignidad, cooperación e independencia que resultan fundamentales por los valores que integran.

2.2. Relación de la AUP con la pobreza urbana

Está reconocido que el crecimiento económico de los '90 no condujo a América Latina al mejoramiento de los ingresos de los sectores populares. El porcentaje de hogares que obtuvo un ingreso inferior al promedio de la sociedad pasó del 67% al 75%. A nivel del consumo de alimentos, la inseguridad alimentaria abarcó en el período a 221.5 millones de pobres y cerca de 97.4 millones de indigentes. Se indica que el 66% de la pobreza en América Latina se localiza en áreas urbanas, así como el 53% de los indigentes (CEPAL, 2004:58). “Se espera, además, que para el año 2020 el 85% de la pobreza en América Latina, esté concentrada en pueblos y ciudades que albergarán cerca del 82% del total de habitantes” (Urban Harvest, 2006:2). Quiere decir que *el avance de la pobreza tiene y tendrá en nuestro continente una cara muy visible dentro de los espacios urbanos.*

A nivel mundial, la congestión y el sobrepoblamiento en las urbes y periferias pasará del 50% actual al 60% en 2020. Situación que afecta hoy en día a muchas ciudades latinoamericanas, donde resaltan espacios periféricos superpoblados en condiciones de viviendas y servicios muy precarios, con bajísimos indicadores de calidad de vida que reflejan problemas de acceso a la alimentación, a la calidad ambiental y a la salud psicosocial. Se evidencia también que las crisis económicas que afectan a nuestros países aumentan el desempleo, los ingresos y la inseguridad alimentaria y acentúan la inestabilidad del mercado laboral urbano, la vulnerabilidad social y la pobreza. Al respecto, se reconoce que la AUP tiene una gran potencialidad para generar una contribución positiva y de transcendencia, tanto para la seguridad alimentaria de los pobladores urbanos como para los niveles laborales de los mismos.

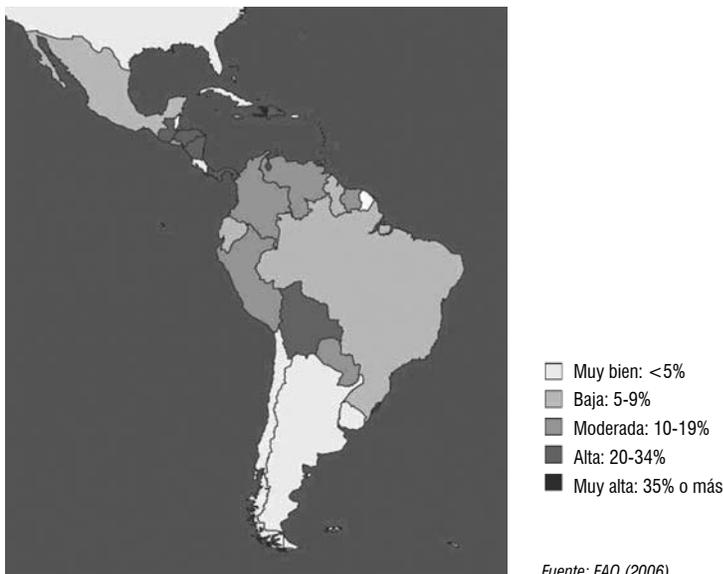
“El nivel mundial de la pobreza urbana, estimado actualmente en un 30%, se prevé que estará entre 45% y 50% en el 2020, y prácticamente todo este incremento tendrá lugar en los países menos desarrollados del mundo” (UN-Hábitat, 2004). Con el crecimiento exponencial de ciudades en el hemisferio sur, muchas familias deben depender de la AUP para sobrevivir y establecen sobre la base de la misma verdaderas estrategias de sobrevivencia. La investigación y la experimentación en este campo reciben muy poco apoyo de los gobiernos, a pesar de que en una agricultura de subsistencia, como en estos casos la urbana y periurbana, es un recurso vital para las familias. “Si tienen acceso a un pequeño huerto o invernadero, la madre y los niños pueden producir y vender los productos. Sin embargo, lo más importante de todo es que las familias involucradas pueden diversificar y enriquecer la dieta diaria, que a menudo es insuficiente” (Mougeot, 2005).

Un reciente informe de FAO (2006) señala que el 10% de la población de América Latina y el Caribe sufre de subnutrición. Aunque desde el período 1990-92 al 2001-03 el número de subnutridos ha disminuido de 59,4 millones a 52,4 millones (13% a 10% de la población), el progreso varía considerablemente en cada una de las subregiones (Mapa 1).

Mientras que en América del Sur el porcentaje de subnutridos ha disminuido del 14% al 9% de su población, y en el Caribe de 27% a 21%, en América Central la prevalencia de la subnutrición ha subido del 17% al 20%. Haití sigue siendo el país más afectado: el 47% de su población sufre de subnutrición. En México, la proporción de subnutridos se ha mantenido igual (5%), pero el número real de personas subnutridas ha aumentado hasta llegar a los 5,1 millones. Cabe indicar que la región alberga al 6% de la población total de subnutridos que existen en todos los países en desarrollo del mundo, aproximadamente 820 millones de personas (FAO, 2006).

Mapa 1.

Subnutrición en América Latina, 2001-2003



Paradójicamente, América Latina y el Caribe son dos de los principales productores de alimentos a nivel mundial y cuentan con un ingreso de calorías *per cápita* superior a Asia. Sin embargo, uno de los factores primordiales para explicar la situación de inseguridad alimentaria en la región tiene que ver con la enorme inequidad económica, lo que se

refleja en la dificultad que sufren grandes sectores de la población para poder acceder a los alimentos necesarios. Esta inequidad causa un reparto desparejo en los frutos del crecimiento económico y funciona como un freno a la reducción de la pobreza.

En comparación con otras regiones en desarrollo, América Latina y el Caribe son más urbanizadas, por lo que se desprende la importancia del desarrollo de la AUP como contribución a la alimentación de su población. Por ello, asegurar el acceso de la AUP a recursos, tierras, capital, tecnología y educación, son pasos fundamentales para mejorar los niveles de vida y la seguridad alimentaria de millones de personas.

2.3. Experiencias de AUP en el norte

Resulta sorprendente que la agricultura urbana esté mucho más avanzada en la agenda política de los países del norte que en los del sur, considerando que en el norte su práctica es comparativamente menos determinante para el bienestar de las poblaciones que la practican. En las ciudades del norte, las iniciativas públicas de AUP implementadas en el siglo pasado promovieron las huertas familiares y comunitarias con el fin de fortalecer la seguridad alimentaria en tiempos de guerra o de crisis económica.

“Hoy en día, ciudades como Amsterdam, Londres, Estocolmo, Berlín y San Petersburgo en Europa, y Nueva York, Chicago, Filadelfia, Montreal, Toronto y Vancouver en América del Norte, vinculan a la AUP con el reciclaje y la conservación de recursos, la terapia y la recreación, la educación y el abastecimiento de alimentos más frescos y seguros a través de la arquitectura ecológica y la gestión de los espacios abiertos”. (Chavarrías, 2003).

Tanto en Europa como en EE.UU. y sobre todo en Canadá, se están desarrollando numerosas iniciativas y estudios destinados a potenciar la AUP y su incorporación como un elemento más en la planificación urbanística. Algunos de ellos son promovidos por instituciones públicas como parte de las políticas ciudadanas y de sostenibilidad, mientras que otros buscan promover formas de democracia radical y el empoderamiento de sus ciudadanos a través de las potencialidades de la horticultura orgánica con respecto al uso del suelo y el territorio en las ciudades más pobladas.

Otros ejemplos de desarrollo de la agricultura urbana en el norte son aportados por Mougeot (2005):

- La ciudad de Montreal, en Canadá, ha incorporado la AUP como forma de uso permanente del suelo en los parques municipales y cuenta con el mayor programa de huertas comunitarias del país, gestionado a nivel de barrios.
- Vancouver, a su vez, ha creado un Consejo de Política Alimentaria, que per-

mite a la ciudad integrar y coordinar políticas de apoyo en torno a la AUP y a la sostenibilidad alimentaria y ambiental.

- En Nueva York, la Fundación Herat Pledge ha impulsado el proyecto “Tejados Verdes”, por el cual habitantes neoyorquinos combinan cultivos hortícolas en sus techos.
- En París, el mantenimiento de pequeñas parcelas en alrededores de Notre Dame y otras zonas, con vides, huertas y una gestión concertada, permite mantener paisajes cultivados dentro de la mancha urbana altamente valorados por los parisinos.
- En Barcelona, la Concejalía de Medio Ambiente y la Fundación Terra impulsaron, en el año 2003, una campaña para animar a los ciudadanos a plantar en sus balcones pequeñas cantidades de verduras, sin el uso de agroquímicos, aprovechando los restos orgánicos de los hogares que permiten la elaboración de compost. A principios de 2004, se recogieron los primeros frutos de esta iniciativa, y un grupo de cultivadores obtuvo la primera cosecha de *calçots*, una variedad de cebolla cuyo consumo se ha convertido en Cataluña en una fiesta gastronómica (la *calçotada*).
- Las huertas pedagógicas de Lisboa, promovidas en la década de los '90, llevaron a la ciudad a desarrollar una hacienda urbana, la cual es recorrida por más de 100.000 visitantes al año; asimismo, la ciudad de Delft, en Holanda, resalta por las superficies dedicadas por los pobladores a la AUP.
- En varios lugares han surgido asociaciones nacionales de huertas comunitarias y centros virtuales de información: *City Farmer* (Oficina de Agricultura Urbana de Canadá), en Vancouver; *Developing Country Farm Radio Network* (DCFRN) en Toronto, Canadá; y la Red Internacional de Centros de Recursos en Agricultura Urbana y Seguridad Alimentaria (RUAFA) en Leusden, Holanda.

En otro sentido, las crecientes oleadas migratorias recibidas en ciudades del norte provenientes de países del sur contribuyen a identificar a inmigrantes que se vinculan entre sí y con la nueva cultura que los rodea través de la AUP. En Montreal, tal cual ha sucedido en muchas ciudades del sur en el siglo pasado, los inmigrantes italianos fueron los que encabezaron el movimiento de huertas comunitarias desde los años '70.

2.4. Experiencias de AUP en el sur

Nuestro continente acumula una rica historia agrícola desde la América precolombina, donde se desarrollaron importantes cultivos en los canales del Valle de México, entre la gran Tenochtitlán, reino de los aztecas y Xochimilco, la Venecia mexicana, donde hubo esplendrosos mercados urbanos recep-

tores de flores y alimentos autóctonos como el maíz, chiles y el tomate. También en el Ecuador, Perú y Chile, encontramos vestigios milenarios de culturas indígenas agroalimentarias, verificadas en áreas generalmente pobladas, donde se producían cultivos también originarios de nuestro continente y de alto valor nutricional, como la papa.

En las últimas décadas se advierte una fuerte expansión mundial de la AUP, en tanto que sus alcances, según la disponibilidad de tierras y las restricciones de los marcos legales. Se estima que hoy día, hasta un 40 por ciento de la población de las ciudades de África y hasta un 50 por ciento de las ciudades latinoamericanas, tienen alguna participación en actividades vinculadas a la agricultura urbana o periurbana. “En la década del '80, la AUP en las ciudades más grandes de China representaba más de un 90 por ciento de la demanda de vegetales y más de la mitad de la demanda de carne y pollo (IFPRI, 2004)”.

De acuerdo con Mougeot (1994), “lo nuevo no es que se practique la AUP, *sino la escala en la que se está practicando* en la actualidad; algo nunca visto antes”. En América Latina influyen en ello la expansión demográfica ocurrente en las grandes urbes latinoamericanas (el caso de las mega ciudades de México y San Pablo) y aun en poblaciones menores, dado el fenómeno de la emigración rural, y los consiguientes efectos del crecimiento de las poblaciones pobres en las zonas urbanas. Muchos emigrantes llegan a las ciudades con escasos recursos; el empleo es difícil de conseguir y la mayoría de los pobres urbanos vive en barrios y asentamientos precarios, sin la disponibilidad de servicios básicos como agua potable, luz eléctrica, saneamiento, atención de la salud, etcétera.

Dentro de las experiencias de AUP más reconocidas en América Latina por su aporte a la seguridad alimentaria, podemos mencionar los casos de México, Cuba y Argentina. Adicionalmente, países como Perú, Ecuador, Venezuela y Brasil cuentan con importantes programas de agricultura urbana en varias de sus municipalidades.

En Cuba, el desarrollo de la AUP y su incidencia en la seguridad alimentaria es sin duda el ejemplo más exitoso en América Latina. La AUP tiene una fuerte tradición y representa una alternativa para la producción de alimentos y, adicionalmente, como fuente de empleos e ingresos.

“La siembra en predios urbanos involucra a unas 300.000 personas en todo el país y 12% del territorio de La Habana se destina a la agricultura, a la que se dedican 22.000 productores. Los predios agrícolas urbanos aportan a cada uno de los 2.2 millones de habitantes de La Habana entre 150 y 300 gramos diarios de hortalizas y especias”. (Noticias Aliadas, 2005)

Antes de la Revolución, la capital no producía prácticamente ningún alimento y dependía de los productos cosechados en provincias cercanas y de la importación. Los cultivos agrícolas en áreas antes improductivas de la capital cubana cobraron auge a partir de la década del '90, con la transformación de una producción de subsistencia en una agricultura apta para el autoconsumo y la comercialización, basada principalmente

en el aprovechamiento a bajo costo de recursos locales, destacándose entre diferentes prácticas no contaminantes el uso de abonos orgánicos, así como de métodos de control biológico de plagas y enfermedades. Actualmente, La Habana y otras ciudades, como Cienfuegos, tienen una gran variedad de producción hortícola que se concentra en tres formas: las unidades hidropónicas, los patios familiares y los huertos institucionales. Cuentan con infraestructura de riego y camas para materia orgánica (compost) y producen todo tipo de hortalizas destinado al mercado local y al turismo. Han desarrollado también sistemas para control de plagas pensando en el entorno urbano de la producción y las condiciones agro-ecológicas particulares de cada ciudad.

En Argentina destaca la experiencia desarrollada por el Programa de Agricultura Urbana (PAU) de la ciudad de Rosario, que constituye una alianza entre el gobierno local (Municipalidad) que contribuyen con recursos financieros, logísticos e infraestructura, y organizaciones como CEPAR, Ñanderoga y Prohuerta del INTA, que aportan recursos técnicos especializados, insumos como semillas y vínculos con organismos de financiamiento internacional. Fue seleccionado por el Programa de Gestión Urbana de Naciones Unidas para ejecutar el proyecto de “Optimización del uso del suelo urbano” que comprendió la regulación y tenencia segura de los terrenos. A través de una ONG española (Organización Andaluza por la Paz (ASPAN), se logró financiar la fabricación de herramientas.

“El Programa surgió a partir de la crisis económica sucedida en la Argentina en diciembre de 2001, con graves repercusiones sociales manifestadas en niveles de pobreza que llegaron al 60%. La zona periurbana se transformó en un espacio de asentamientos irregulares, habitados por familias desocupadas de la región y de inmigrantes de las provincias del norte del país, siendo las mujeres, las personas mayores y los jóvenes los más afectados ante la imposibilidad de lograr trabajo formal. El objetivo del Programa fue responder a la crisis con una propuesta productiva, promoviendo un proceso de desarrollo endógeno, a partir de estrategias participativas y formas solidarias de producción, transformación, comercialización y consumo de alimentos sanos. Lográndose el desarrollo de emprendimientos productivos de carácter comunitario, tendientes a posibilitar la seguridad alimentaria de los pobres urbanos a partir de la generación de ingresos genuinos, mejorándose además el paisaje barrial, al transformarse los terrenos baldíos en espacios productivos.” (CFS, 2005)

Se pueden destacar otros impactos, como la instalación y funcionamiento de 791 huertas comunitarias y el reconocimiento de las familias pobres, especialmente mujeres, como actores del proceso, favoreciendo así su propia inclusión. La vinculación directa de más de 10.000 familias a la producción de hortalizas orgánicas involucra el autoabastecimiento con verduras de unas 40.000 personas. La creación de un circuito de economía solidaria, incluye 342 grupos productivos que participan regularmente en

ferias barriales, existiendo una alta valoración social de la calidad de los productos que se comercializan; se abastecen además a comedores comunitarios y escolares en el marco de una red social solidaria y se institucionaliza la AUP como política pública del gobierno provincial.

Con relación a *Brasil*,

“la AUP surge como estrategia viable, en la base que permite la democratización y racionalización de la gestión del suelo urbano, potencializa la organización popular, promueve la generación de trabajo y renta, la producción de alimentos saludables a bajo costo, además del reciclaje de residuos orgánicos e inorgánicos, favoreciendo la preservación del medio ambiente. En este sentido, la inclusión de la AUP entre las políticas públicas de los municipios asume una enorme relevancia en el sentido de que efectivamente colabora en la mejora de la dieta de la población y en el abaratamiento de los costos de los alimentos”. (Schumacher, 2004)

Varias prefecturas del sur del país (Santa María, Alvorada, Cachoeirinha, Viamão, Pelotas, Gravataí, Porto Alegre) decidieron construir colectivamente proyectos y programas de AUP, con el objetivo inmediato de poner en marcha acciones concretas en el ámbito del Programa Hambre Cero del Gobierno Federal. En este proceso surgieron consensos para que los municipios elaboraran los programas de AUP con una base común pero manteniendo las especificidades locales. Se identificaron elementos considerados como fundamentales para el establecimiento de Programas de AUP, como: democratización del acceso a la tierra a través de reglamentaciones y regulaciones municipales, políticas de subsidio a la agricultura urbana a través de fondos rotativos, microcréditos y equipamientos a grupos colectivos, apoyos a la formación y asistencia técnica, políticas de abastecimiento y comercialización, de género para propiciar la participación de mujeres en los emprendimientos productivos urbanos y de desarrollo de redes de economía solidaria.

2.5. La AUP como cultura agroalimentaria y valor identitario en nuestros territorios

Las experiencias generadas en Rosario, Argentina, en las Redes Mexicanas de “Tianguis y Mercados Orgánicos” y en muchas regiones de Cuba son elocuentes ejemplos del rescate de fuertes tradiciones, verdaderos legajos patrimoniales que permiten contribuir a los objetivos de seguridad y soberanía alimentaria de nuestros países, lo cual permite, además, volcar al mercado alimentos frescos con identidad territorial (urbana y periurbana), potenciados cada vez más con la impronta de la producción natural y orgánica.

En otro sentido, y bajo los auspicios de la agricultura productivista y del agronegocio transnacional, la estandarización de los productos alimentarios es preponderante. Se produce cada vez con mayor tecnología, alta concentración de recursos y menores costos (economías de escala) pero *con grandes carencias en la incorporación de valores simbólicos*. Éstos incluyen conocimientos y creencias, representaciones colectivas, valores, reglas sociales propias, y definen pautas de un nuevo tipo de competitividad basada en la *diferenciación*. En este aspecto,

“nuestros hábitos alimenticios, nuestros gustos y sabores, pueden reconocerse como *potentes marcadores identitarios*. Existe al respecto, una *demanda emergente de consumidores* por productos y servicios portadores de identidad agroalimentaria. Los atributos valorados son los conocimientos y las costumbres locales o tradiciones de fuerte arraigo, *alimentos con historia*, producidos en forma natural, orgánica, que descarta la utilización de agroquímicos y transgénicos”. (Schiavo, 2006c)

En cuanto a ello, la AUP constituye un claro exponente de rescate identitario, ligado a las mejores tradiciones vigentes en América Latina y en el Uruguay en particular.

Resulta entonces trascendental reconocer de una manera clara a las organizaciones de agricultores orgánicos –urbanos y periurbanos– como entidades de interés público, admitir su carácter de interlocutores válidos en la definición de políticas de ordenamiento territorial, de desarrollo agrícola urbano y de seguridad y soberanía alimentaria, protegiendo nuestra biodiversidad y el abastecimiento alimentario. Para ello, *se debe dar prioridad a la producción nacional de alimentos sobre las importaciones*, promoviendo la producción de alimentos básicos y estratégicos para la población.

En Uruguay, la AUP exterioriza, a través de las familias y comunidades que la practican, un importante rescate patrimonial, verdadero referente identitario de muchas de nuestras raíces y tradiciones, forjado en los frentes y los fondos de las casas familiares y en los terrenos inutilizados o “baldíos” de villas, pueblos y ciudades, desde principios del siglo pasado. La AUP en el Uruguay tiene sus orígenes en las prácticas traídas por inmigrantes europeos, especialmente italianos. “Luego de los años ’70, nuevos patrones de consumo y la incorporación de la mujer al mercado laboral, entre otras causas, provocaron el abandono relativo de esta práctica” (Bellenda *et al.*, 2006). Con la crisis de los 2000 se ve el resurgimiento del “huertero” o agricultor urbano y periurbano, que abraza la actividad como respuesta dignificante ante la falta de trabajo y hace de la misma una estrategia de supervivencia para mejorar la dieta familiar. Cuando le es posible, llega con parte de la producción al mercado y, en ocasiones, a través de la incorporación de mano de obra familiar, agrega valor a los productos y transforma las materias primas en conservas, salsas, mermeladas, etc., lo cual mejora los ingresos, procesa inclusión, fortalece el entramado social de las redes barriales y comunitarias, y forja ciudadanía. La AUP genera, además, en Uruguay, importantes

espacios educativos que son muy demandados a nivel escolar y liceal, en centros de rehabilitación social y en diferentes esferas de la vida social.

3. El Programa de Intervención Universitaria

3.1. Contexto país. Un poco de memoria para la historia reciente

La grave crisis social y económica del Uruguay, que “detonó” en 2002, tiene antecedentes de políticas y hechos que fueron determinantes: la dictadura militar, a partir de 1973, procesó la falta de libertades y el quiebre democrático junto al recrudescimiento de los viejos problemas estructurales (concentración de recursos productivos, financieros, tecnológicos, etc.) y el impulso a un modelo neoliberal de país fuertemente dependiente de los centros hegemónicos globales y centrado en una alta priorización al desarrollo del sector financiero. Es durante el gobierno de facto (1973-1984) cuando se eliminan totalmente los sistemas de protección y se desmantelan muchas producciones, con los consabidos efectos sociales. La reinserción del país en los grandes mercados internacionales se acompaña con medidas para favorecer los procesos de acumulación, redistribución de excedentes hacia el aparato financiero y reajuste de las condiciones internas de producción *con una notoria depresión de los ingresos salariales*.

Se logra triplicar las exportaciones con políticas de reintegros a los exportadores, pero también crecen las importaciones –como resultado de la desprotección arancelaria– que abarcan desde productos agroalimentarios que compiten y desplazan a los nacionales, hasta artículos suntuarios de todo tipo, compensándose los déficit de la balanza de pagos con un fuerte endeudamiento externo que provoca la brusca devaluación del peso uruguayo en 1982, de gran impacto social y económico, conocida como la “rotura de la tablita”, que implica un control programado y artificial de cambio de la moneda que conlleva a la quiebra y desaparición de industrias nacionales clave, al cierre de numerosos comercios y a la pérdida de cientos de miles de puestos de trabajo.

Una fuerte recesión se expresó desde 1983, con altos índices de desocupación, lo cual aceleró, con la organización y movilización popular, la caída de la dictadura y el restablecimiento de la democracia en 1985. Sucesivos gobiernos democráticos posteriores no modificaron sino que profundizaron los esquemas neoliberales de abatimiento del rol del Estado, libre accionar del mercado sin regulación alguna y ausencia total de políticas sociales y de

promoción a la producción nacional. A partir de 1999, la crisis económica regional (devaluación brasileña y posterior argentina en 2001) junto a la caída de los precios internacionales de los productos agropecuarios, problemas climáticos y, sobre todo, la falta de una política económica que apuntalara el desarrollo productivo, incidieron en una drástica y generalizada reducción de la competitividad y rentabilidad de las empresas agropecuarias, situación que se agravó a partir de 2001 con el advenimiento de la aftosa.

La crisis abarcó el sistema financiero uruguayo haciendo colapsar a la mayoría de los bancos privados nacionales, generándose limitaciones muy severas a los retiros de depósitos, con suspensiones generalizadas de los créditos. El PBI total de la economía uruguaya cayó en un 10,8%, echando por el suelo la apuesta al modelo impulsado. El aumento del endeudamiento de los diversos sectores económicos, principalmente del agropecuario, se acompasó con el *abatimiento de la demanda nacional de alimentos*, derivado fundamentalmente de la disminución del poder adquisitivo de los uruguayos. La gravedad de la crisis social tuvo su epicentro en una drástica disminución de las fuentes de trabajo: Uruguay pasó del 10-13% de desempleo en los '90 al 18-20% entre 2002 y 2003 (CEPAL, 2004). El cierre generalizado de industrias y comercios, la falta de trabajo y los indicadores de pérdida de calidad de vida crecieron en el Uruguay a límites desconocidos. De una población que registraba algo más de 3300 mil habitantes, cerca de 1 millón de personas se ubicaba bajo la línea de pobreza y 100 mil más vivían en condiciones de indigencia. La pérdida del acceso a una alimentación básica de subsistencia acentuó los niveles de Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI), desnutrición y muerte infantil, a índices desconocidos en el Uruguay. La emigración abarcaba en los 2000 a unos 450.000 uruguayos.

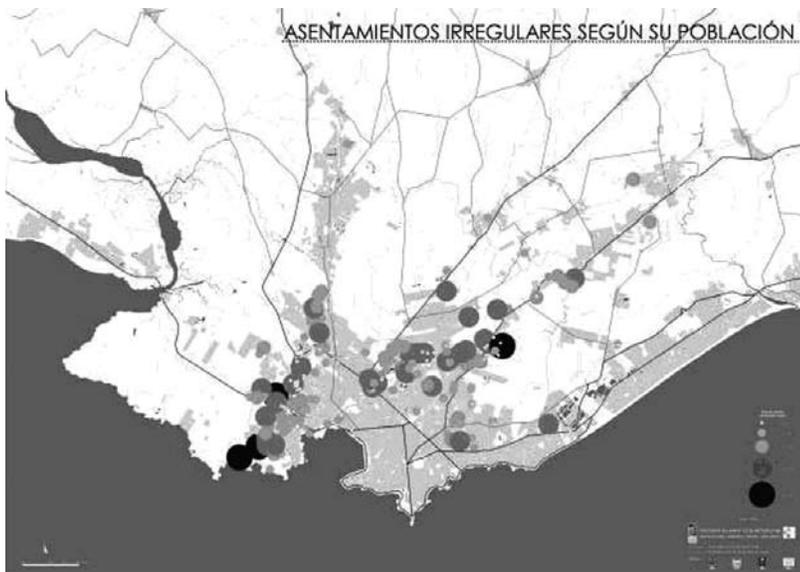
La fragmentación socioeconómica del país (desmantelamiento industrial y comercial con fuertes repercusiones en el empleo) y espacial (con formas críticas de segregación y exclusión) fue muy visible a nivel territorial, lo que aceleró la concentración de recursos en pocas y grandes empresas agroexportadoras, principalmente forestales y transnacionales. Al proceso de concentración y extranjerización de la tierra se sumó, como contrapartida, el vaciamiento del campo, principalmente de productores familiares y población joven. El agravamiento de la crisis tuvo una gran repercusión, además, en las clases medias, ya no sólo del campo, sino de las principales ciudades y centros poblados, especialmente Montevideo, lo cual obligó a miles de familias a radicar en una vivienda precaria en asentamientos irregulares de la periferia.² De esta forma, los

² Con el gobierno de izquierda (marzo del 2005), se crea en Uruguay el Ministerio de Bienestar Social que pone en marcha un Plan de Emergencia Social (PANES), que abarca los sectores de mayor pobreza y fija una meta de atención de 200 mil hogares. Se integra un paquete que comprende un ingreso fijo/mensual equivalente a US\$ 50.00, capacitación y apoyos para búsqueda de trabajo. Los jefes de familia asumen compromisos de reciprocidad que entre diversas medidas, implican la obligatoriedad educativa para los hijos. El programa apunta no sólo a entregar un subsidio a las familias más pobres y a controlar que en esos hogares asistidos los menores vayan a la escuela, sino que todos sus integrantes adultos reciban alimentos, atención sanitaria, documentación y entrenamiento laboral para reinserirse en el mercado de trabajo.

asentamientos irregulares aumentaron compulsivamente en las periferias urbanas (Mapa 2) a través de miles de familias sumergidas en la pobreza y la marginalidad. Según estadísticas del Censo de Población y Vivienda (INE, 2004), 174.393 uruguayos se radicaban en asentamientos irregulares del área metropolitana, o sea, cerca del 6% de los habitantes del país.

Mapa 2.

Montevideo y área metropolitana

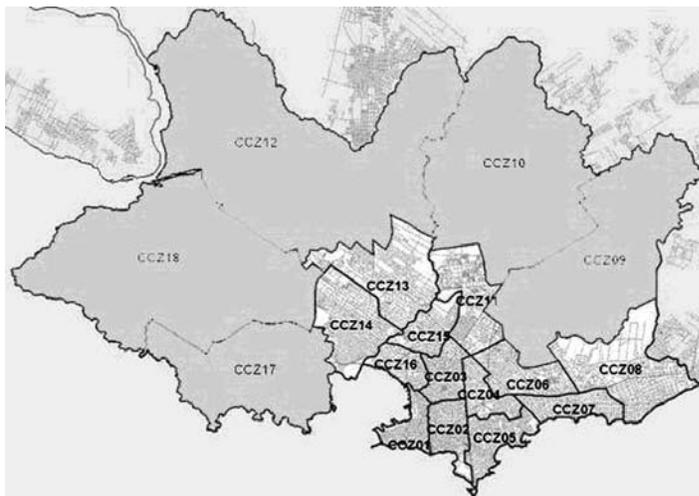


Fuente: Intendencia Municipal de Montevideo (IMM), 2006.

Se advierte la ubicación perimetral de la mayoría de los asentamientos irregulares en los límites de la ciudad de Montevideo; la ubicación geográfica de los agricultores urbanos y periurbanos del PPAOC observa una gran similitud territorial, en tanto que el universo de trabajo abarcado por el Programa Universitario fue parcialmente coincidente con algunas zonas de la periferia de la capital (Mapa 3).

Mapa 3.

Montevideo, Centros Comunales Zonales (CCZ) y espacios de trabajo del PPAOC; CCZ 9, 10, 12, 17 y 18³



Fuente: elaboración propia a partir de IMM (2006).

3.2. La Universidad ante la inseguridad alimentaria y la emergencia social

La demanda ciudadana a la UdelaR por asesoría técnica, organización, capacitación e insumos, principalmente semillas, para el emprendimiento de huertas y cría de animales en zonas urbanas y periurbanas, ocurre fundamentalmente, entonces, ante la imposibilidad de acceso de importantes núcleos de la población a los alimentos básicos, lo cual empuja a muchos a transformarse en “huerteros” para producir una base alimenticia y complementar la dieta familiar.

³ En algunas zonas del área de influencia de los cinco Centros Comunales Zonales (CCZ) que se indican en el Mapa 3, el PPAOC promovió y acompañó el desarrollo de emprendimientos de AUP a través de redes de vecinos y de familias de agricultores urbanos y periurbanos. Los CCZ señalados, integran zonas populares, de grandes mayorías de clase trabajadora a las que la crisis de 2002 afectó significativamente. Allí se localiza, además, la mayor parte de los asentamientos irregulares que señalamos en el Mapa 2. Los CCZ descritos comprenden los siguientes barrios de Montevideo y su periferia: CCZ 9 (Curva de Maroñas, Flor de Maroñas, Jardines del Hipódromo, Ideal, Bella Italia, Málaga, Ituzaingó, Punta de Rieles, Km 16 Camino. Maldonado y Villa García; CCZ 10 (Piedras Blancas); CCZ 12 (Sayago, Colón, Lezica, Melilla, Abayubá, Cuchilla Pereira y San Bartolo); CCZ 17 (Pajas Blancas y Cerro); CCZ 18 (Paso de la Arena, Santiago Vázquez, Los Bulevares, Sarandí, 3 de Abril, Punta Espinillo y La Colorada).

Así, la AUP se dinamiza en el Uruguay como *alternativa ocupacional* ante el desempleo y el subempleo y abarca tanto a hombres como a mujeres y jóvenes.

“La novedad no es la práctica agrícola en sí, sino quienes la realizan. Si algo hizo visible la crisis económica del 2002, es la fuerte dependencia que la mayor parte de la población de los centros urbanos y periurbanos, tienen con relación a los sistemas de producción de alimentos. Amplios sectores de la población vieron imposibilitado su acceso a los alimentos básicos de subsistencia. Las ollas populares comenzaron a multiplicarse dramáticamente, *los merenderos a llenarse en forma permanente, la desnutrición y la muerte infantil por su causa, se materializó ante una sociedad que se veía sacudida ante esta realidad que se presentaba como novedad.*” (Picos, 2004)

3.3. Servicios universitarios, docentes y estudiantes participantes

La Facultad de Agronomía de la UdelaR la que recepcionó originalmente las demandas de los vecinos por semillas, organización y capacitación para el establecimiento de huertas familiares y comunitarias. El hecho, ocurrido a mediados de 2002, encontró a la Universidad en estado de conflictividad, y se definió –sin levantar las medidas gremiales de huelga– apoyar de inmediato la presencia de estudiantes y docentes en el medio. En breves plazos se sumaron orgánicamente otras Facultades: Ciencias Sociales, Psicología, Veterinaria y la Escuela de Nutrición y Dietética. También, pero con actividades puntuales generalmente a demanda, se incorporaron docentes y/o estudiantes de las Facultades de Arquitectura, Bellas Artes, Ciencias, Ciencias de la Comunicación, Ciencias Económicas, Humanidades, Ingeniería, Medicina, Química y Odontología. Todo ello implicó un gran desafío de concertación y coordinación entre los diferentes servicios universitarios con toda la riqueza que significaba para estudiantes y docentes el abordaje inter-multidisciplinar por vez primera de la realidad social, económica y técnico-productiva de la AUP desarrollada en zonas de alta vulnerabilidad social.

La participación estable universitaria contó en la primera etapa, 2002-2004, con unos 75 universitarios (20 docentes, mayormente de Agronomía; 2 egresados; 1 funcionario, y 52 estudiantes de Agronomía, Bellas Artes, Ciencias Sociales, Ciencias, Ciencias Económicas, Química, Ingeniería, Psicología, Humanidades, Medicina, Ingeniería y Odontología. En la etapa 2005-2006 el equipo de trabajo del Programa estuvo integrado por 24 docentes con una dedicación promedio de 15 horas semanales de labor, 19 de los cuales estaban contratados específicamente para trabajar en el Programa.

El resto de los docentes (de Facultad de Agronomía y Veterinaria) tenía reasignadas horas de trabajo en su carga semanal. También fueron actores del Programa los estudiantes universitarios que desarrollaron cursos, talleres y pasantías curriculares o extracurriculares en el transcurso del PPAOC, y contabilizaron algo más de 200 los que realizaron tareas curriculares en las cinco Facultades que participaron orgánicamente en el Programa. Sus intervenciones tuvieron un énfasis explícito en el logro de aprendizajes que, como futuros profesionales, contribuyan a su mejor formación. Asimismo, los vecinos reciben aportes de su desempeño: algunos grupos han destacado que recibieron aportes en lo organizativo, en cuanto al manejo de los conflictos, a la recepción de descripciones de sus emprendimientos, a talleres para una mejor alimentación de sus familias, a contar con videos o registros que documentan sus procesos de vida y de producción, etc. El financiamiento del PPAOC estuvo a cargo del Servicio Central de Extensión y Actividades en el Medio de la UdelaR, con aportes adicionales de diferentes Facultades.

3.4. Objetivos generales y específicos

El primer documento interno que estableció las líneas estratégicas de desarrollo del Programa definió que el propósito fundamental del mismo era “*contribuir a la seguridad alimentaria de la población de menores recursos del país y a su organización*” (PPAOC, 2002). Se explicitaron también los siguientes objetivos específicos:

- Mejorar la alimentación (en cantidad y calidad) de las familias “huerteras”, recuperar su autoestima a través del trabajo y fortalecer las redes sociales comunitarias.
- Rescatar y revalorizar la cultura agrícola urbana y periurbana, de base familiar y comunitaria, de fuerte tradición en el país.
- Promover en los estudiantes espacios y acciones solidarias y comprometidas con los sectores sociales más desposeídos, integrando más espacios curriculares, más servicios y nuevas formas de intervención universitaria en contextos críticos.
- Involucrar a la Universidad en el apoyo, a través del conocimiento, para mitigar la problemática alimentaria prevaleciente.
- Generar condiciones de sostenibilidad y empoderamiento a la autogestión de los agricultores urbanos y a su desarrollo independiente.

En 2005, esos objetivos fueron revisados a la luz de la nueva situación del país, que empezaba tímidamente a mejorar los indicadores socioeconómicos

y contaba con una nueva orientación política del gobierno. A partir de ese análisis, de la interacción con actores institucionales oficiales, ONG, y de algunas preocupaciones planteadas por los vecinos –como los problemas ambientales–, integramos explícitamente otros aspectos en los objetivos del PPAOC para el período 2005-2006 (Bellenda *et al.*, 2006):

- Contribuir en la capacitación de los vecinos con tecnología para la producción de alimentos, en el cuidado del medio ambiente y en la conformación de redes sociales, promoviendo el desarrollo de la persona humana a través del trabajo y la organización social.
- Impulsar la articulación entre organismos e instituciones afines a la temática de la agricultura urbana, la seguridad alimentaria, el cuidado del medio ambiente y la promoción de políticas sociales integrales.
- Fortalecer la integración de las funciones básicas de la Universidad y el desarrollo del trabajo académico interdisciplinario.

3.5. Abordaje teórico conceptual

El PPAOC implicó esencialmente una alternativa *no asistencialista*, que apostó a la acción colectiva comprometida y solidaria, basada en el trabajo humano como respuesta ética y dignificante ante la falta de trabajo y la inseguridad alimentaria.

Concebimos al Programa como un espacio de aprendizaje integral, sustentado en un proceso educativo, generador de alternativas y soluciones apropiadas a los problemas de la comunidad, en la interacción de los universitarios con ella. Es por esto *radicalmente anti-paternalista*, en el sentido alienante de una asistencia aislada y vertical. Por el contrario, el sentido más profundo de la intervención universitaria es el de servicio integrado a un proceso abierto de comunicación y extensión, en el cual el resultado global debe ser formativo y liberador (PPAOC, 2002). Es en esa construcción colectiva de una práctica social transformadora que deben abrirse los espacios para que el estudiante pueda formarse con la propensión a la autogestión del proceso enseñanza-aprendizaje, donde deben generarse las líneas de investigación de aplicación social, etc. En esa actividad aúna lo vivencial con lo teórico, pone de manifiesto el carácter político del conocimiento, y se explicita la connotación ética y de poder que se pone en juego, donde el estudiante universitario realmente aprende (FEUU, 1998).

El Programa pretendió contribuir, entonces, al problema de la inseguridad alimentaria de la población de menores ingresos a través de un camino alternativo que involucró la más amplia *participación social para el trabajo*

colectivo organizado, encaminado a la producción autogestionada de alimentos en pequeña escala, utilizando tecnologías sustentables y apropiadas a la realidad socio-económica de la población demandante. El desafío implicó que los actores sociales involucrados (organizaciones sociales demandantes) redescubrieran y reconstruyeran los múltiples recursos, vínculos y relaciones de apoyo mutuo que poseen. Con su desarrollo en la modalidad de redes sociales solidarias, el capital social necesario para *la apropiación colectiva del conocimiento* aportado por la UdelaR, y la posibilidad –con una base eminentemente participativa– del desarrollo de los emprendimientos.

“Nuestro rol de extensionistas es el de ser facilitadores del aprendizaje, buscando generar posibilidades para que todos los involucrados *participen* en la búsqueda de soluciones alternativas frente a la problemática alimentaria” (PPAOC, 2002). Por la génesis misma del Programa, era de esperar que estas soluciones construidas participativamente en el marco de la acción colectiva entre “huerteros” y universitarios, fueran pertinentes, sustentables y opuestas a las *“respuestas paternalistas, insostenibles y totalmente alejadas de una práctica social transformadora”*, como pueden ser los comedores, merenderos u organismos estatales o de otra índole de distribución de alimentos. *La significación de la participación social está en la acción colectiva y el empoderamiento de los actores territoriales.* Contempla que los actores sociales de una comunidad tomen parte en las deliberaciones y decisiones sobre los problemas que los afectan de modo de definir necesidades y prioridades, asumir responsabilidades y obligaciones para la formulación de planes, la división del trabajo, el desarrollo de los emprendimientos y la evaluación de resultados. La participación social implica, además, un proceso mediante el cual los individuos se transforman, se “empoderan” y gestionan con “sus pares” la superación de las necesidades de su comunidad, adquiriendo un sentido de responsabilidad y compromiso que supera los espacios de su familia para abarcar, fundamentalmente, al colectivo o grupo al que pertenece.

3.5.1. Intercambio de saberes

La acción entre los universitarios y los agricultores urbanos permite desarrollar ricos procesos de intercambio de saberes. La conceptualizamos como un proceso de generación y/o intercambio de conocimientos basado en el diálogo y la integración de saberes *desde la práctica*. La Universidad reconoce al “huertero” *como sujeto y generador de conocimiento y no como objeto de investigación o beneficiario*, lo que implica un relacionamiento horizontal “de igual a igual” y un esfuerzo compartido de búsqueda, análisis, conceptualización, sistematización y evaluación en el intercambio. La Universidad aporta conocimientos y tecnologías apropiadas a las realidades socioeconómicas zonales y locales para mejorar en cantidad y calidad la pro-

ducción de alimentos (horticultura orgánica, cría responsable de animales), buscando fortalecer la organización y la capacitación de los agricultores urbanos y, consiguientemente, la dieta alimenticia de los mismos. Ello, a través de un proceso que involucra a profesionales y estudiantes de diferentes áreas del conocimiento para trabajar “codo a codo” con la gente y sus organizaciones (barriales, vecinales, etc.), lo cual contribuye a desarrollar capacidades de autogestión para que las familias y los vecinos puedan producir gran parte de los alimentos que consumen y dispongan, en muchos casos, de excedentes para el mercado.

Los agricultores urbanos o “huerteros”, por su parte, se transforman en actores que trascienden el hecho de hacer agricultura en zonas urbanas: al nuclearse con otros pares, se van integrando a redes sociales sustentadas en formas solidarias y de participación comunitaria y procesan identidad y ciudadanía (Picos, 2005), en tanto tienden así a sortear las dificultades que tienen los sujetos sociales bajo la línea de pobreza para responder adecuadamente a las exigencias de la producción de alimentos, donde se dificulta por razones estructurales y políticas el desarrollo de capacidades organizativas y de autogestión para que puedan responder y ofrecer resistencia a las modalidades de exclusión.

En este sentido, la Universidad no solamente aporta conocimiento, tecnología y capacitación, sino que se nutre y retroalimenta a través de un *proceso bidireccional* activo de comunicación y acción, permitiéndole ello actualizar, ajustar y fortalecer sus espacios académicos y contenidos, en correspondencia con las demandas y prioridades sociales más sentidas. Este proceso bidireccional se entiende

“como una relación política de igualdad, (...) comprende una política de ayuda y respeto mutuo que desemboca en un proceso de aprendizaje compartido, que se construye de manera participativa, donde todos aprenden y todos enseñan. Estos valores y principios cooperativos asientan y construyen el modelo de relacionamiento Universidad-Comunidad, que provoca el denominado encuentro de saberes, el cual determina decisivamente este proceso bidireccional”. (FEUU, 1998)

El desafío es materializar este concepto en los distintos momentos de la práctica social: *accionar de forma bidireccional en la planificación* (definición de objetivos, programación de actividades, metodología de trabajo), *en la ejecución y seguimiento* (tareas, actividades, registros), así como en la *evaluación* (nivel de cumplimiento de los objetivos planteados y del proceso) (AEA, 2002). Se trata, en definitiva, de un proceso dialéctico donde la Universidad se involucra con las comunidades y permite que sus actores nos interpelen para así construir las mediaciones (o categorías teóricas) que posibiliten la mejor comprensión, el análisis y las respuestas más adecuadas para el cumplimiento de los objetivos (PPAOC, 2002).

3.5.2. Participación y empoderamiento

La participación es el instrumento central para el empoderamiento social. El concepto implica *poder* y apunta a que los individuos y sociedades que hasta ahora estaban marginados de la toma de decisiones se constituyan en sujetos de las intervenciones. Es una forma de construir voluntades colectivas para promover un proyecto común. Trata de que las personas se reconozcan a sí mismas como protagonistas de sus propias realidades, tengan autoestima, ejerzan el control de sus vidas y puedan desarrollar sus capacidades y generar oportunidades

El empoderamiento social debería convertirse en el paradigma de las teorías del desarrollo y en eje central de las políticas y acciones para el desarrollo sostenible, sea comunitario, local o regional. Sin embargo, diversos obstáculos, como la falta de una definición consensuada y el limitado trabajo empírico relacionado con este enfoque, han limitado su incorporación a las políticas de la cooperación internacional y de los propios gobiernos. Frecuentemente se utiliza el concepto de “empoderamiento” con referencia a la situación de la mujer; la literatura refleja que muchos proyectos de empoderamiento se orientan a permitir el acceso de las mujeres a los recursos y a la toma de decisiones, tanto individuales como colectivas y a conseguir que ellas se perciban a sí mismas capaces y con legitimidad para ocupar un espacio en la toma de decisiones. El empoderamiento se incentiva cuando se fomenta la autoconfianza, la seguridad en sí mismo para tomar decisiones, realizar cambios, resolver problemas y organizarse con otras personas para alcanzar una meta común. El Informe sobre Desarrollo Humano del PNUD (2008) resalta que diversos estudios muestran que la mejor forma de generar procesos de empoderamiento social es *crear ciudadanía*; es decir, que las personas sean portadoras efectivas de sus derechos civiles, políticos y sociales. Sostiene que el acceso a las oportunidades es un proceso de construcción social que depende de cómo la sociedad actúa y se organiza para garantizar dicho acceso. Empoderar a las comunidades debe convertirse en una parte integral del proceso de desarrollo de América Latina para diseñar e implementar políticas efectivas que reduzcan la pobreza. Comunidades autosuficientes que saben cómo dirigir su propio desarrollo, cómo participar en el proceso de toma de decisiones en coordinación con los diferentes niveles de gobierno (local y nacional), y que saben cómo demandar políticas sociales inclusivas, han sido y son vistas como “el eslabón perdido” en la promoción y aseguramiento de la toma de decisiones de políticas públicas.

Por lo anterior, y para que la intervención universitaria contribuyera a procesar participación, empoderamiento y proyectos sustentables, se tomaron en cuenta aspectos psicosociales que son fundamentales para la puesta en

marcha de prácticas y técnicas de cultivo, de modalidades organizativas, etc., que no pueden desconocer las realidades y posibilidades de los actores, a riesgo de debilitar el tejido social ya dañado fuertemente por la crisis. “Desde el punto de vista de la psicología comunitaria, la intervención social hace referencia a procesos intencionales de cambio mediante *mecanismos participativos* tendientes al desarrollo de recursos de la población, a la conformación de organizaciones comunitarias autónomas, a la modificación de las representaciones de su rol en la sociedad y sobre el valor de sus propias acciones para ser activo en la modificación de las condiciones que las marginan y excluyen (Chinkes, Lapalma, Niscemboin, 1995). La comprensión de la diversidad de los aspectos que constituyen un escenario social comunitario facilita el diagnóstico del mismo, el análisis de sus contenidos y el establecimiento de cursos de acción alternativos que son implementados mediante *la asociación voluntaria entre la población y equipos técnicos, a través de procedimientos grupales* que amplían la percepción crítica de la realidad. Los impactos que generan estos procesos de cambios planificados tienen que ver tanto con la obtención de recursos materiales como con el acceso a nuevas formas de soporte social, fortaleciendo o construyendo nuevas redes sociales. Es fundamental el cambio en la representación social que tienen de sí mismos los grupos y organizaciones que comienzan a desarrollar procesos de participación social, siendo ésta un medio y un fin en sí misma para *promover procesos de empoderamiento*.

En el ámbito comunitario, se observa una diversidad de modalidades organizativas –que no responden estrictamente a la figura de “organizaciones”–. Tienen complejas formas de funcionamiento reconocidas por numerosos autores como las estrategias de sobrevivencia –que funcionan como el conjunto de procedimientos, selección y utilización de recursos para la satisfacción de necesidades, o como redes de ayuda mutua– (Lapalma, 2001). Las modalidades organizativas que surgen en dicho contexto para resolver problemas comunes de sus integrantes, *suscriben procesos de participación* donde las tareas se realizan basadas en la cooperación y la solidaridad (todos hacen de todo). La estructura está sustentada en valores y expectativas compartidas, por lo cual se desprende, una vez más, la importancia de la participación como asunto clave para el empoderamiento social. Pero, ¿qué es participar? Ser parte, formar parte, tomar parte con otros “en algo”, en actos colectivos como el producir, el gestionar, el decidir. “Podemos referirnos a procesos de participación cuando se ejerce la potestad de participación en las decisiones y acciones que hacen a las formas más complejas de integración social. Nos estamos refiriendo a colectivos más o menos heterogéneos donde *la voluntad* de conjunto es una auténtica construcción de sus miembros” (Coraggio, 1999).

Según la teoría participativa, ésta implica rechazar la relación asimétrica de sujeto/objeto que caracteriza la investigación tradicional académica y las pautas corrientes de la vida cotidiana. Dicha relación debe convertirse en sujeto/sujeto. Precisamente, la quiebra del binomio asimétrico es la esencia del concepto de participación. Participar

es, por lo tanto, el rompimiento voluntario y vivencial de la relación asimétrica de sumisión y dependencia implícita en el binomio sujeto/objeto. Tal es su esencia auténtica (Fals Borda, 1987).

A nivel comunitario, la participación permite que los pequeños proyectos de grupos organizados viabilicen la puesta en marcha de emprendimientos colectivos con el protagonismo de los más necesitados, aprovechando la mano de obra familiar, la mayoría de las veces ociosa y subutilizada, para lograr la producción local de alimentos, permitir la introducción de pequeños recursos, los cuales, al circular en el propio medio, aumentan el ingreso familiar. También, si se procura mejorar los niveles de consumo, posibilitar el acceso a bienes y servicios que antes ni siquiera eran vislumbrados, fortalecer las relaciones familiares y de solidaridad horizontal, facilitar la organización de los miembros del grupo en su espacio de vida (PPAOC, 2002). La participación es “de donde se deriva la trascendencia de la temática del trabajo colectivo organizado, y la promoción de la organización popular que es como la herramienta que permite dar ese paso hacia un nuevo futuro, una nueva situación” (Fals Borda, 1987:27). Siguiendo al PPAOC (2002), la clave, sin duda, estriba en aportar las bases de un proyecto de transformación social bajo control popular. Pero nos debe quedar claro que la promoción popular no puede ser el reducto de algunos profesionales o de algunas instituciones interesadas en los problemas sociales, sino que tiene que inscribirse en una tarea política y en un proyecto auténtico de transformación de la sociedad que abra paso a una nueva organización social bajo la conducción de los sectores populares, al servicio de todos (Ferrando, 1985:12). El “pensar grupal” rompe esquemas y abre caminos a “lo nuevo”. Supone una actitud de apertura, de interés por trabajar con otros, de querer salir de “la individual” para jugarse “la colectiva”. En el proceso de reflexión y análisis sobre el desarrollo del Proyecto se irán adquiriendo los primeros instrumentos de transformación de la realidad para empezar a pensar críticamente sobre ella. A través del proceso educativo se irá descubriendo el valor de la organización como medio para alcanzar los fines propuestos, favoreciendo la autonomía y la creatividad colectiva. El Proyecto se inscribe así dentro de los principios de la educación popular: es “educación” porque se da en un proceso de aprendizaje, de crítica, de descubrimientos, de tirar abajo esquemas, de aprender a trabajar colectivamente. Es “popular” porque se pone del lado de los intereses y necesidades de los sectores populares y apunta a un cambio de estructuras” (Ferrando, 1985:125).

3.6. Metodología

La metodología de trabajo abarcó al principio del PPAOC múltiples jornadas entre docentes y estudiantes para intercambiar, analizar y debatir sobre el marco teórico conceptual y el diseño del Programa en todas sus fases. Se

abordó posteriormente el relevamiento de información secundaria a través de los Censos de Población y Vivienda y documentos de diferentes fuentes sobre aspectos históricos, socio-culturales, económicos y técnico-productivos de las zonas localizadas en el universo de trabajo. Como investigación en terreno, se verificó un censo a los agricultores urbanos y periurbanos del PPAOC y de un Programa de AUP impulsado por la Intendencia Municipal de Montevideo con la finalidad de disponer una caracterización general de los emprendimientos.

Sintetizando la metodología de intervención universitaria, se menciona que involucró una gestión irrestrictamente participativa y horizontal con los actores productivos y sus familias, incluyente, sensible al enfoque de género, abierta al diálogo, a la comunicación y a sinergias generadoras de confianza y afectividades, y a la promoción de aprendizajes conjuntos.

3.6.1. Funcionamiento, espacios de trabajo y actividades

A nivel operativo y en función de los objetivos propuestos y los recursos disponibles, se diseñaron modalidades de intervención en diferentes áreas y estructuras de trabajo para dar respuesta a las demandas recibidas y, a la vez, generar espacios donde reflexionar y sostener técnica, académica y afectivamente la práctica que llevamos adelante (Bellenda *et al.*, 2006):

- *Actividades en Zonales*: acorde a la descentralización político administrativa implementada por el Gobierno Municipal de Montevideo, el departamento está dividido en 18 Centros Comunales Zonales (CCZ). El PPAOC promovió el acompañamiento interdisciplinario de tres redes de vecinos en torno a varios CCZ, con total autonomía para su funcionamiento y organización. Los equipos de intervención territorial fueron integrados por docentes contratados de perfil agronómico y social, fundamentalmente, y a demanda se acompañaban con nutricionistas y veterinarios. Estos universitarios se reunían en forma semanal con los vecinos, programando y desarrollando actividades de capacitación, visitas y trabajos de apoyo en huertas, jornadas de programación y evaluación, talleres, discusión y planificación de actividades organizativas, etcétera.
- *Equipo itinerante*: apoyo interdisciplinario itinerante de otras cuatro zonas del Dpto. de Montevideo y la Costa de Oro en el Dpto. de Canelones. En esta modalidad se desarrollaron intervenciones acotadas a demanda de los zonales, talleres temáticos y monitoreo de los emprendimientos. El equipo que llevó adelante esta intervención estuvo integrado por docentes de Agronomía, Ciencias de la Comunicación, Ciencias Sociales, Nutrición, Psicología y Veterinaria.
- *Espacio de análisis de las prácticas*: comprendió instancias comunes de

coordinación zonal y reflexión-análisis de las prácticas, en las que participaban representantes universitarios de cada zona con la coordinación académica de docentes del área social y productiva. Este espacio facilitó el seguimiento, articulación e intercambio de las intervenciones en terreno y la reflexión sobre las mismas, buscando la sistematización y conceptualización de la experiencia y el apoyo a demanda de los equipos en los procesos de intervención.

- *Dirección colectiva*: reunía a los representantes zonales y de los servicios universitarios que integran el Programa. Allí se analizaban y definían los aspectos políticos y se tomaban las resoluciones de carácter general.

- *Reuniones por Facultades*: ámbito donde se analizaban y discutían los problemas conceptuales y metodológicos de cada disciplina, buscando dar respuestas técnicas a la intervención a la vez que articular y dar seguimiento a las actividades de docencia curricular que se desarrollaban en el marco del Programa.

- *Comisiones de trabajo*: tales como enseñanza, investigación, coordinación interinstitucional, capacitación y generación de materiales de divulgación. Tenían como cometidos elaborar, proponer e impulsar acciones en las temáticas específicas de cada comisión. Estaban integradas por tres a cinco docentes de diferentes disciplinas.

- *Equipo central de gestión*: le competía el seguimiento y ejecución de decisiones, la derivación de asuntos a comisiones, la responsabilidad de la gestión de los recursos, la conducción y registro de las reuniones de la Dirección Colectiva, las comunicaciones internas y la articulación y coordinación interinstitucional.

Siguiendo a Bellenda (2006), para el logro de los objetivos previstos y con el diseño estructural descrito, las actividades que realizó el PPAOC comprendieron:

- *Planificación*, implementación y trabajo concreto de universitarios y vecinos en huertas comunitarias y familiares para la producción de hortalizas y animales de granja en forma orgánica.

- *Promoción* de tareas organizativas en cada zona, acompañando la conformación de redes sociales que apoyen la continuidad, fortalecimiento y autogestión de cada emprendimiento productivo comunitario o familiar. Para ello se ha promovido la generación de “orden del día” de las reuniones, registros de actas de las mismas, discusión y definición de reglamentos o pautas de funcionamiento, conformación de comisiones, generación de espacios sociales, bibliotecas, bancos de semillas o herramientas, organización o participación en muestras barriales, etcétera.

- Co-organización, *junto a los vecinos*, de encuentros, recorridas e intercambio de diferentes barrios, zonas y algunas experiencias fuera del país (Argentina y Brasil).

- *Capacitación y difusión de tecnologías agroecológicas* en diferentes áreas en talleres, cursillos y recorridas. En el marco de las redes de vecinos, se desarrollan cursos y talleres de contenidos tecnológico-productivos, organizativos, de conservas de alimentos, de cría de animales, de nutrición humana, etc. En esta etapa, buena parte de las actividades de capacitación se fue co-organizando junto a los vecinos. Se destacan cursos y talleres sobre horticultura orgánica, manejo de frutales, etc. en Facultad de Agronomía y en el Centro Regional Sur de la UdelaR, así como de cría de conejos y apicultura en Facultad de Veterinaria, dirigidos a vecinos y sus familias participantes del Programa. Se destaca la apertura por primera vez, de las aulas universitarias para la formación y capacitación de vecinos de Montevideo pertenecientes a los sectores de mayor fragilidad socioeconómica.
- *Trabajos de investigación* en diversos campos disciplinares en el marco de espacios curriculares de investigación, tesis de grado y de posgrado o de los equipos docentes disciplinares en cada Facultad o en comisiones interdisciplinarias.
- *Trabajos de análisis de laboratorio* en Facultad de Veterinaria de aguas utilizadas en el riego de cultivos para analizar su potabilidad y evitar problemas de contaminación.
- *Desarrollo de trabajos curriculares* de estudiantes que toman el “espacio huertas” como lugar de práctica de diversos cursos y talleres de distintas Facultades.
- *Difusión* de las actividades del PPAOC en foros, encuentros, publicaciones y prensa.
- *Comunicación* y coordinación con otras instituciones y actores sociales relacionados con la temática de la agricultura urbana, el medio ambiente, la educación ambiental y la promoción de políticas sociales.
- *Obtención y distribución de recursos* tales como semillas, plantines, cartillas de divulgación y préstamo de herramientas de mano. En esta etapa del Programa, en procura de contribuir a la autogestión de los vecinos, el PPAOC ha promovido y acompañado la generación de bancos de semillas, herramientas y bibliotecas en las distintas zonas.

3.6.2. Articulación de las funciones universitarias

Definido el PPAOC como un espacio de servicio pero también de aprendizaje, se trabajó con fuerza desde el inicio del mismo para articular e integrar las funciones universitarias definidas. Para ello, y como sustento teórico y meto-

dológico, partimos de la premisa señalada por Rebellato (1985) de que en un marco de abordaje interdisciplinar es posible pensar en tres dimensiones de la participación universitaria encarada como *práctica social transformadora*:

1. *La generación de conocimiento* como soporte del proceso de aproximación e involucramiento con la realidad a través de la práctica social; 2. *el proceso pedagógico*, entendido como el proceso que un grupo o una población realiza en el intento de transformar sus vínculos con la naturaleza, las relaciones sociales y su mundo de representaciones, enfrentado con sus necesidades vitales y ante el desafío de construir un proceso de alternativa; y 3. *desarrollo de un quehacer permanente y dinámico de reflexión teórico-metodológica a partir de la práctica social*.

Así consideramos que, a partir del desafiante procesamiento de la construcción de una práctica transformadora y con una actitud investigativa y participante (junto a la población demandante), podíamos encarar la construcción colectiva de una base teórica y una metodología pertinente para articular las funciones universitarias y abordar con éxito los objetivos y metas del Programa. Se trató en definitiva de un proceso dialéctico donde los servicios universitarios involucrados en el PPAOC establecieron una intensa e inusual relación de comunicación horizontal, no exenta de dificultades y conflictividades que propiciaron, no obstante, la interpelación mutua que facilitó las mediaciones para avanzar en el desarrollo del Programa. De ese modo se procesó el desafío del involucramiento conjunto de estudiantes y docentes de las cinco Facultades de la Universidad que, con una mirada integradora, pusieron en marcha una acción extensionista que exhibía, en el principio, la dificultad de la falta de experiencias previas en la producción de alimentos en contextos sociales críticos, y que reclamaba por ello respuestas concertadas y coordinadas para evitar modalidades asistencialistas y que promovieran la participación, autogestión y el empoderamiento de los actores comunitarios.

4. Resultados

4.1. Perfil de los actores productivos y características de los emprendimientos

Sobre la base de la información recabada en el Primer Censo de Agricultores Urbanos y de Emprendimientos Productivos vinculados a los Programas de la UdelaR (PPAOC) y de Agricultura Urbana de la Intendencia Municipal de Montevideo (PAU-IMM) (2004), pudimos disponer una caracterización de los mismos. Algunas cifras generales se presentan a continuación:

Cuadro 1.

Emprendimientos, personas y familias relevadas por el Censo

| | |
|--|-----|
| <i>Número de emprendimientos</i> | 120 |
| <i>Número de entrevistados</i> | 223 |
| <i>Número de trabajadores en las huertas</i> | 342 |
| <i>Número de beneficiarios directos</i> | 673 |
| <i>Número de familias involucradas</i> | 186 |

En cuanto al tipo de emprendimiento, se infirió que el 75% de las huertas era de tipo familiar, el 19% comunitario y el 6% institucional o educativo. La fecha más frecuente de comienzo de la experiencia productiva fue a partir de 2002, ya que el 45% de los huerteros manifestó haber surgido en ese año, y el 36% en años posteriores. Esto permite asociar la emergencia de las huertas familiares a la agudización de la crisis económica y los graves problemas de seguridad alimentaria en el Uruguay de 2002. Los móviles que impulsaron a los huerteros al trabajo productivo fueron:

Cuadro 2.

Razones que motivaron a los vecinos a la realización de las huertas

| | Vecinos huerteros |
|---|--------------------------|
| <i>Gratificación y crecimiento personal</i> | 28% |
| <i>Sustento económico</i> | 41% |
| <i>Proyecto alternativo</i> | 13% |
| <i>Aprovechamiento de recursos</i> | 7% |
| <i>Integración social</i> | 11% |

Se destaca que el 69% de los huerteros expresó razones económicas y de crecimiento personal como los principales motivos que los definieron a involucrarse en el trabajo con la tierra.

Quienes trabajan en las huertas son mayormente hombres (57%), aunque resulta significativa la participación de la mujer (43%), lo cual ratifica que en los emprendimientos familiares las huertas son una actividad de todos, donde cada integrante de la familia participa en la medida de sus posibilidades. Las edades más frecuentes de los huerteros están comprendidas entre los 30 y 50 años (51,6%) y su origen es mayoritariamente urbano (76%), con antecedentes familiares o no en el cultivo de la tierra (52 y 48%, respectivamente) que perdieron su empleo en los últimos tres

años debido a la agudización de la crisis. Con relación a educación, tienen primaria completa sólo el 25% de los hombres y el 18% de las mujeres. La secundaria completa solamente la realizaron el 8% de las mujeres y el 4% de los hombres, situación que revela grandes debilidades en los niveles educativos de la población involucrada en el Programa. No obstante, debe destacarse que son personas que se oponen a soluciones asistencialistas y han decidido buscar alternativas a la inseguridad alimentaria de sus familias a través de la producción de alimentos. Para ello cuentan con dos importantes recursos: sus propias manos y la pertenencia organizada, junto a otros, a redes y grupos de “huerteros”. Al momento de realización del Censo, el 67% de los entrevistados tenía algún tipo de ocupación remunerada, por lo general informal, trabajos zafrales, “changas” o actividades por cuenta propia. “En el PPAOC, la situación más frecuente muestra vecinos sin empleo que comenzaron esta actividad con mucho tiempo disponible” (Bellenda, 2005).

“Buena parte de éstos, ahora productores de huertas urbanas, se sabe ‘no pobre sino empobrecido’, y provienen de sectores medios y medio-bajo: jubilados, trabajadores desempleados, amas de casa, empleados con oficio, estudiantes. En general, esta población responde y reclama el estímulo al esfuerzo, al logro personal y colectivo. Los agricultores urbanos intentan construir sus propios caminos de sobrevivencia. En el presente, muchas de estas estrategias no son más que arreglos precarios para asegurar el ingreso necesario a fin de ‘mantener cuerpo y alma unidos’”. (González, 2005)

Considerando el destino de la producción, un 35% de los agricultores urbanos dedica al consumo familiar la mitad de los productos logrados, un 27% consume entre el 25 y el 50% de lo que produce, y otro 38% consume menos del 25% de la producción. Por lo que se infiere que la mayoría de los huerteros no sólo dedica la producción al autoconsumo, sino que además comercializa parte importante de la misma.

4.1.1. Tamaño de las huertas

Aproximadamente la mitad de los emprendimientos relevados (47%) corresponde a huertas pequeñas, menor a 60 m², es de carácter familiar y utiliza en su mayoría terrenos propios. Aquellos emprendimientos que ocupan a más trabajadores utilizan entre 61 y 1000 m² y son terrenos cedidos u ocupados pero son escasos. Los datos relevados nos acercan a los tamaños ideales o que mejor se adaptan a los sistemas de producción urbanos uruguayos. Según la bibliografía internacional consultada, la superficie de referencia de huerta urbana para una familia tipo está en torno a los 60 m², lo cual coincide con los valores más frecuentes encontrados en este estudio.

4.1.2. Destino de la producción

El 60% de las huertas produce sólo para autoconsumo (principalmente en Sayago y Paso de la Arena); en algunas zonas hay una importante cantidad que producen además para comercialización (más del 50% en el Cerro).

4.1.3. Tecnología

Se analizaron las siguientes variables:

- *Número de cultivos*: en el contexto de la Agricultura Urbana la diversidad de cultivos es un objetivo deseado, considerando que el destino de la producción es el autoconsumo (variedad en la dieta) y garantiza un mejor comportamiento en el manejo de las técnicas orgánicas (PPAOC, 2005). Al respecto, el Censo indica que son muy pocas las huertas con menos de 5 cultivos, y que aproximadamente 2 de cada 3 huertas cultivan 9 o más especies vegetales (hortalizas, aromáticas y frutales).
- *Producción de semillas*: la autoproducción de semillas es un indicador de un manejo sustentable de la huerta. Los resultados muestran que los porcentajes de huertas que han iniciado la producción y utilización de semilla propia superan el 70% y alcanzan en algunos Zonales, como Villa García al 80%, lo cual es muy importante como forma de generar autonomía en un insumo básico.
- *Manejo de abonos*: se indica (García en PPAOC, 2005) que los abonos de origen orgánico promueven la nutrición más equilibrada de las plantas y permiten aumentar la resistencia al ataque de enfermedades y plagas. Dentro de los abonos orgánicos, el compost elaborado a partir de recursos disponibles localmente admite reciclar los desechos domiciliarios, estiércoles animales y restos vegetales, pudiéndose obtener un producto de excelentes cualidades nutricionales para las plantas y para mejorar las condiciones estructurales del suelo hortícola. De un total de 120 huertas, 108 declararon usar fertilizantes, en su casi totalidad de fuentes orgánicas.
- *Disponibilidad de herramientas*: de las 120 huertas censadas, 27 disponen de un equipo de herramientas básico, 18 tienen un equipo intermedio y 75 no cuentan con equipos de herramientas adecuadas, lo cual atenta contra la sostenibilidad de los emprendimientos.
- *Origen y potabilidad de agua para riego*: se indicó un alto uso de agua de la red potable de OSE como fuente de riego, y ello es un factor de insustentabilidad debido a los costos que implica. Por otra parte, más de la mitad de la huertas relevadas no respondió la pregunta sobre el conocimiento de la potabilidad del agua utilizada para el riego. La falta de conocimiento o preocupación sobre este tema involucra a 3 de cada 4 emprendimientos.

- *Uso de métodos alternativos para control de enfermedades y plagas:* de las 120 huertas, sólo 15 declararon utilizar algún tipo de control alternativo para el tratamiento de enfermedades y/o plagas, lo cual es indicativo de que se requiere una mayor profundización y conocimiento sobre los problemas sanitarios a resolver.

En resumen, el análisis del conjunto de emprendimientos relevados permite realizar una primera caracterización de la agricultura urbana localizada en el área metropolitana de Montevideo, destacándose la organización en torno al núcleo familiar en la gran mayoría de los emprendimientos, la vinculación histórica con la crisis económica-social de 2002, hecho desencadenante de la implementación de los emprendimientos, la diversidad de formas de acceso a la tierra, incluyendo el uso de terrenos cedidos y ocupados además de propios, y la preponderancia del autoconsumo como destino principal de la producción. En sintonía con este patrón principal podemos definir una escala de 1 a 2 trabajadores por predio y de unos 60 m² promedio de área cultivada en los predios familiares, que son los más numerosos, y donde se destaca la participación de la mujer y en general de todo el núcleo familiar. Simultáneamente, es relevante la existencia de emprendimientos comunitarios, de aparición más tardía, que utilizan preponderantemente tierras no propias y manejan escalas de mayor tamaño en cuanto al número de trabajadores y área cultivada.

Dentro de las fortalezas identificadas, se destaca la diversidad biológica (número de cultivos) en la gran mayoría de los emprendimientos, un altísimo porcentaje de huertas que autoproducen gran parte de la semilla que utilizan así como el fertilizante orgánico. La producción de ambos insumos es un síntoma claro de sustentabilidad de los emprendimientos, al mismo tiempo que un indicador en cuanto a la aceptación de la propuesta de huerta orgánica impulsada por la Universidad. De la relación entre los posibles factores explicativos en el uso de las propuestas tecnológicas, se constata la necesidad del tiempo para que estas prácticas sean incorporadas, al igual que otros factores que pueden facilitar el establecimiento de las mismas, como la organización familiar y la situación de tenencia estable. Considerando los problemas pendientes, que pueden constituirse en factores de insustentabilidad, se destacan el mal equipamiento de los emprendimientos, las formas de tenencia precarias, la escasez de fuentes de agua para realizar el riego de las huertas, el desconocimiento de la potabilidad de las mismas, así como de los problemas sanitarios en las huertas y alternativas sustentables en su manejo.

5. Lecciones aprendidas

- La Universidad pudo demostrar capacidad de respuesta a demandas de la sociedad en un contexto de emergencia social.
- Se abordó la tarea en forma inter-multidisciplinar y coordinada entre diferentes servicios (Facultades).
- Se vio que es posible aplicar lógicas disciplinarias horizontales a la interna: trabajo conjunto de docentes y estudiantes.
- Se advirtió que es factible concebir espacios articuladores de las tres funciones universitarias en el marco del desarrollo de programas dirigidos a la atención de sectores sociales sumidos en la pobreza y la exclusión.
- Fue muy importante el papel que jugó la comunidad universitaria en el procesamiento del rescate y revalorización de la cultura agrícola urbana y periurbana, de base familiar y comunitaria, que tuviera durante décadas pasadas una fuerte tradición familiar en el país.
- Se valora como altamente positivo en el proceso de enseñanza-aprendizaje, el hecho de promover en los estudiantes espacios y acciones solidarias y comprometidas con los sectores sociales más desposeídos.
- A la vez, fueron reconfortantes la simbiosis desarrollada entre estudiantes y agricultores urbanos y sus familias, estableciéndose fuertes lazos de afectividad, confianza y solidaridad entre todos.
- Es posible trabajar con los vecinos en un plano de igualdad, con la Universidad como un actor más de la sociedad, compartiendo saberes y poniendo a disposición de los sectores más desposeídos tanto sus escasos recursos materiales como su mayor capital: el conocimiento.
- Se valoran sumamente las experiencias de capacitación de agricultores urbanos, hombres y mujeres, en las propias aulas universitarias, generando espacios de enriquecimiento colectivo tanto para los educandos como para los educadores. A la vez, los agricultores urbanos y sus familias valoran sumamente la presencia regular y participación de universitarios (docentes y estudiantes) en sus huertas, estableciéndose importantes niveles de comunicación e intercambio de información, generándose lazos de afectividad y confianza.
- La Universidad contribuyó con el Programa a rescatar, dar “visibilidad” y fortalecer la AUP y, consiguientemente, al agricultor urbano o huertero, actor social que se fue multiplicando en el marco de la crisis, gestando respuestas de trabajo familiar y comunitario que dignifican el quehacer humano, con lo cual se gana autoestima y se marcan, en muchos casos, alternativas económicas ante la crisis de empleo e ingresos.
- Los huerteros han fortalecido sus expectativas y posibilidades al nuclearse con otros agricultores urbanos e integrar redes sociales sustentadas en forma solidaria y de participación comunitaria.

6. Desafíos

- Profundizar la capacidad universitaria de aportar respuestas diferenciales a distintas realidades dentro del universo de los agricultores urbanos y periurbanos.
- Intensificar la generación de conocimientos a partir de la experiencia.
- Potenciar el espacio PPAOC para la formación de los futuros profesionales, integrando más espacios curriculares y más servicios y nuevas formas intercurriculares.
- Seguir apostando a la autogestión de los vecinos con el aporte nuevos elementos para su autoorganización.
- Promover la participación organizada de los agricultores urbanos en los espacios de toma de decisión del Programa.
- Elaborar un cuerpo teórico que sistematice la riquísima experiencia de estos años y permita definir acciones de largo plazo a nivel macro.
- Potenciar una mayor participación estudiantil, apuntando a una mejor formación y mayor concientización de los mismos, fortaleciendo así las modalidades de intervención universitaria en contextos críticos.
- Generar condiciones de sostenibilidad a la autogestión de los agricultores urbanos y a su desarrollo independiente.
- Promover en los ámbitos políticos de decisión la definición de políticas integrales que apoyen el desarrollo de la agricultura urbana y periurbana en un marco incluyente y sustentable.

7. Conclusiones

La agricultura urbana no es un fenómeno nuevo pero sí es una realidad creciente en América Latina y está definitivamente ligada a su contribución para la mitigación de la inseguridad alimentaria. Sin embargo, la AUP se ha visto relativamente subestimada; ha sido poco estudiada y, al respecto, las universidades tienen un importantísimo papel a desempeñar, al igual que los gobiernos, que por lo general revelan la falta de políticas integrales orientadas al impulso y la promoción de la agricultura urbana y desestiman su importancia para la seguridad y la soberanía alimentaria, el ordenamiento territorial y el combate a la pobreza.

En lo que corresponde a la experiencia extensionista desarrollada por la UdelaR con agricultores urbanos, en el PPAOC se resalta que se pudo demostrar capacidad de responder a demandas específicas de la sociedad en un contexto de emergencia social e inseguridad alimentaria sin antecedentes en el país, y fue factible abordar la tarea en forma inter-multi-

disciplinar, concertada y coordinada, entre estudiantes y docentes de diferentes Facultades. La experiencia propició procesos muy enriquecedores de intercambio de saberes entre las familias de agricultores urbanos y los universitarios, contribuyendo al procesamiento de inclusión y visibilidad de los actores productivos y, consiguientemente, al fortalecimiento del entramado social y de las redes locales y comunitarias.

Valoramos el papel que jugó la comunidad universitaria en el procesamiento del rescate y revalorización de una cultura agrícola urbana y periurbana, de base familiar y comunitaria, que tuviera en el Uruguay desde principios del siglo pasado una fuerte tradición identitaria. Al respecto, la producción de alimentos con identidad territorial incorpora valores simbólicos que son relevantes en tiempos donde la diferenciación agroalimentaria fundada en procesos productivos naturales, orgánicos, tiene una importancia sustancial frente a la creciente demanda de seguridades de inocuidad y calidad por parte del público consumidor.

La Universidad fue receptora, a la vez –como resultado de la interacción con los agricultores urbanos–, de una rica acumulación de vivencias, experiencias y nuevos conocimientos que abarcaron niveles sociales, económicos, culturales, productivos, organizativos, nutricionales y de gestión en zonas urbanas y periurbanas de alta vulnerabilidad social, característicos de los espacios territoriales de desarrollo del Programa. Se incorporaron así a la vida académica actividades que comprendieron la realización en varias Facultades de cursos, talleres, mesas redondas y pasantías con la participación conjunta de universitarios y “huerteros”, como también el desarrollo de líneas y proyectos de investigación que fueron temas de varias tesis de grado y posgrado. Asimismo, se generaron publicaciones en revistas especializadas, congresos, seminarios, coloquios, etc., como parte del trabajo académico de diversos equipos del PPAOC presentados dentro y fuera del país.

Esta experiencia de intervención universitaria en el medio urbano y periurbano implicó, entonces, una inmejorable oportunidad para enriquecer el proceso de enseñanza - aprendizaje en los cinco servicios involucrados en el PPAOC.

Considerando a los actores productivos del Programa, las huertas fueron un factor muy importante de integración familiar, fundamentalmente por el trabajo compartido entre sus integrantes, y se logró el objetivo de contribuir a través de la producción hortícola y de cría de animales a mitigar los problemas de escasez de alimentos y mejorar la dieta de las familias involucradas en el PPAOC. Varios emprendimientos trascendieron la dimensión familiar y lograron dentro de la acción colectiva impulsada entre varios huerteros, una mejor escala mediante el desarrollo de huertas comunitarias.

Respecto de los niveles de empoderamiento social de los actores productivos, cabe resaltar iniciativas de los mismos y procesos que reflejan avances sustanciales. En octubre de 2003, los vecinos, apoyados por el PPAOC, organizaron el Primer Encuentro de Agricultores Urbanos, donde se realizó un balance de los logros, dificultades y desafíos encontrados, así como propuestas para fortalecer la actividad. De ese en-

cuentro nació la Mesa de Agricultores Urbanos del Uruguay, que reunió huerteros delegados de diferentes redes y grupos de vecinos de Montevideo y Canelones y tuvo por objetivo conformar un espacio permanente de intercambio, promoción y defensa de la AUP. La Mesa tuvo un importante protagonismo y jugó un rol preponderante en el fortalecimiento y sostenibilidad de estos actores, acrecentando su legitimidad y representación. Sin embargo, diferentes procesos económicos y políticos limitaron su funcionamiento ante la superación de la crisis y la emergencia social que padeció el Uruguay en 2002. Mejorados los índices de empleo y los ingresos a partir de 2005, muchos agricultores urbanos y periurbanos, en la medida en que conseguían trabajo, abandonaron las huertas en forma parcial o total. Otros grupos prosiguieron, con mayor presencia femenina, pero, por lo general, se fue diluyendo la acción de las redes sociales preexistentes dentro del entramado de la AUP. No obstante, la mayoría de los huerteros que restablecieron sus lazos laborales en actividades fuera del predio o del hogar conservan sus huertas por medio del trabajo intercalado de toda la familia. Otros han emprendido formas colectivas o familiares de complementación de ingresos a través de la venta de los excedentes de sus huertas o de formas alternativas de comercialización e intercambio.

Creemos que la experiencia acumulada en el Programa universitario debe ser considerada dentro de la construcción y definición de políticas públicas de carácter integral que apunten a fortalecer la producción urbana y periurbana de alimentos y que puedan ser implementadas a través de la coordinación de esfuerzos y acciones entre los sectores público y privado y, desde luego, con el concurso y la coparticipación organizada de los propios protagonistas. El desafío está presente, y no ocultamos los niveles de complejidad representados ante la multiplicidad actual de instituciones oficiales, programas, organizaciones no gubernamentales, ámbitos político-administrativos que multiplican proyectos y acciones –no siempre concertadas, articuladas o coordinadas–, ni entre ellos ni con los sujetos sociales en pos de la agricultura urbana y la seguridad alimentaria. En estas condiciones, surge necesariamente el gran interrogante en cuanto a la propia sostenibilidad de los emprendimientos y las posibilidades de “empoderamiento” territorial de los actores productivos y sus familias, los agricultores urbanos y periurbanos, en un medio de natural y compleja adversidad, como lo es el espacio urbano, ante la escasez de tierras e inseguridad de la tenencia, marcos legales poco flexibles (reglamentaciones y normas), gran inseguridad, escasa promoción y apoyo de los gobiernos locales, etc. Creemos, finalmente, que la AUP está llamada a continuar brindando no sólo un aporte inestimable en el combate a la pobreza y en la mitigación de la inseguridad alimentaria sino, además, en la humanización de las condiciones de vida de nuestras ciudades, cada vez más insustentables.

Registro bibliográfico

Schiavo, C.
"Empoderamiento y acción colectiva en producciones agroalimentarias con identidad territorial...".
Pampa. Revista Interuniversitaria de Estudios Territoriales, año 5, n° 5, Santa Fe, Argentina, UNL (pp. 9-50).

Bibliografía

- AEA (Asociación de Estudiantes de Agronomía)** (2002): "Aportes teórico-metodológicos al Grupo de trabajo", Proyecto Programa de Producción de Alimentos y Organización Comunitaria, documento interno, Montevideo.
- Bellenda, B.; Álvarez, J.; Colnago, P.; García, M.** (2006): "El Programa Producción de Alimentos y Organización Comunitaria: una estrategia de intervención universitaria en torno a la agricultura urbana. O vecinos y universitarios aprendiendo juntos", trabajo final del Curso de Estrategias de Intervención para el Desarrollo Rural, Maestría en Desarrollo Rural Sustentable, Facultad de Agronomía, Montevideo.
- Blixen, C. et al.** (2003): "Programa Huertas Comunitarias. Informe de Actividades: agosto 2002 - marzo 2003", Montevideo.
- Blum, A.** (2006): "Alianzas estratégicas: la Asociación de Productores Orgánicos del Uruguay; APODU", *Revista de Agricultura Urbana*, N° 17.
- Carlozzi, A. y González, M.** (2006): "La interdisciplinariedad en el PPAOC: una meta o una realidad?", Facultad de Ciencias, Unidad de Ciencias y Desarrollo, UdelaR, Uruguay.
- CFS, Ciudades por un Futuro más Sostenible** (2005): "Programa de Agricultura Urbana de Rosario", Edit. Univ. Nac. de Rosario.
- Chavarrías, M.** (2003): "Agricultura Urbana y Seguridad Alimentaria", revista *Sociedad y Consumo*, N° 3, Barcelona, Fundación Eroski.
- Chinkes, S.; Lapalma, A.; Nicesboim, E.** (1995): "Psicología comunitaria en Argentina. Reconstrucción de una práctica psicosocial en la Argentina", en Wiesenfeld, E.; Sancehes, E.: *Psicología social comunitaria. Contribuciones Latinoamericanas*, Venezuela, Tropykos.
- CLAES (Centro Latinoamericano de Ecología Social)** (2008): "Soberanía Alimentaria, alimentación, ruralidad y sustentabilidad en América Latina", Montevideo.
- CEPAL (Comisión Económica para América Latina)** (2004): "Panorama social de América Latina", Santiago, Chile.
- Coraggio, J.L.** (1999): "La participación popular; ideologías y realidad", *Revista de Trabajo Social*, Año III, N° 9, Montevideo.
- Eguren, F.** (2008): "Soberanía Alimentaria o Seguridad Alimentaria?", *Cosechando opiniones*, Lima, Centro Peruano de Ecología Social (CEPES).
- Fals Borda, O. y Rodríguez Brandao, C.** (1989): *Investigación Participativa*, Comentarios de Ricardo Cetrulo, Montevideo, Instituto del Hombre, Ediciones de la Banda Oriental.
- FAO** (1999): *Agricultura 21*, Comité de Agricultura, Santiago, Chile, Enfoques.
- (2001): "La agricultura urbana y periurbana, seguridad alimentaria y nutrición doméstica", documento de discusión para conferencia electrónica de FAO/ETC7RUAF sobre la Agricultura Urbana y Periurbana.
- (2006): "El estado de la inseguridad alimentaria en el mundo, años 2001-2003" en *Observatorio de la pobreza*, Roma.
- Ferrando, J.** (1985): *Pensando en la Educación Popular*, Montevideo, Nordan-Comunidad.
- FEUU (Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay)** (1998): "Primer Encuentro Estudiantil de Extensión Universitaria", UdelaR, Cerro Largo, Uruguay.
- González Quinteros, L.** (2005): "Sembrando soluciones y demandas. Caracterización de los emprendimientos de agricultura urbana del Gran Montevideo", Facultad

de Ciencias Sociales - Departamento de Trabajo Social (FCS-DTS), presentado a Jornadas de investigación de la Facultad de Ciencias Sociales, Montevideo.

Grain (2008): "La crisis del modelo agroalimentario mundial", revista *Biodiversidad, sustento culturas*, N° 57, julio, www.grain.org/biodiversidad.

IFPRI (Internacional Food Policy Research Institute) (2004): "Retos y opciones para los pobres en la ciudad", www.ifpri.org; e-mail: ifpri@cgiar.org.

INE (Instituto Nacional de Estadística) (2004): "Censo General de Población y Vivienda", Uruguay.

Intendencia Municipal de Montevideo (2006): "Asentamientos irregulares según su población", *Vecinet, Autogestión Vecinal*, Montevideo.

Lapalma, A. (2001): "El escenario de la intervención comunitaria", *Revista de Psicología de la Universidad de Chile*, Vol. X, N° 2, Santiago, Chile.

Mougeot, L.J. (2005): "Cultivando mejores ciudades", Vancouver, Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo (IDRC).

————— (2001): "Agricultura urbana, concepto y definición", *Revista de Agricultura Urbana*, Vol. 1, N° 1, Países Bajos.

Noticias Aliadas (2005): "Cuba: florece la agricultura urbana", sitio web, Latinoamérica Press, La Habana.

Picos, G. (2005): "Acercamiento a una nueva producción social: el agricultor urbano"; PPAOC, documento interno, Montevideo.

PNUD (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo) (2008): "Informe de Desarrollo Humano", New York.

PPAOC (2002): "Programa de Producción de Alimentos y Organización Comunitaria; Programa de largo plazo", Escuela de Nutrición y Dietética, Facultad de Ciencias Sociales, Facultad de Psicología, Facultad de Veterinaria, Facultad de Agronomía, UdelaR, documento interno, Montevideo.

————— (2003): "Programa de Producción de Alimentos y Organización Comunitaria", en *La extensión universitaria desde el área de ciencias agrarias: camino en construcción*, Comisiones de Extensión de las Facultades de Agronomía y Veterinaria, evento en Facultad de Veterinaria, UdelaR, Montevideo.

————— (2004): "Programa de Producción de Alimentos y Organización Comunitaria", presentación del Programa al Consejo Directivo Central de la UdelaR, Montevideo.

————— (2005): "Programa de Producción de Alimentos y Organización Comunitaria: Censo de Emprendimientos Productivos pertenecientes a los Programas de Agricultura Urbana de la Universidad de la República y de la Intendencia Municipal de Montevideo", Facultad de Agronomía, UdelaR, Montevideo.

Rebellato, J.L. (1985): *Algunos supuestos teóricos de una práctica social transformadora*, Serie Educación Popular, Centro de Investigaciones y Desarrollo Cultural, Montevideo.

Red Águila (1999): "Red Latinoamericana de Investigaciones en Agricultura Urbana", IPES-RUAF Foundation, Lima.

Red Mexicana de Tianguis y Mercados Orgánicos (2004): Universidad Autónoma de Chapingo – CIESTAAM, México.

Santandreu, A. (2000): *La Agricultura Urbana en la ciudad de Montevideo*, IMM, Montevideo.

Schiavo, C. (2002): "Aportes conceptuales y metodológicos para el PPAOC",

documento interno de aporte al Grupo de trabajo y discusión sobre Metodología del PPAOC, Montevideo.

——— (2006a): “Territorios revitalizados; sinergia y capital social”, Conferencia Magistral, Universidad de Santa Cruz do Sul, Rio Grande do Sul.

——— (2006b): “Agricultura Urbana y Seguridad Alimentaria, acción colectiva y actividades productivas en poblaciones bajo la línea de pobreza”, VII Congreso Latinoamericano de Sociología Rural, Grupo de Trabajo 3, Movilización de recursos para el desarrollo local, Quito.

——— (2006c): “Sinergia, empoderamiento y valores simbólicos en la producción de alimentos con identidad territorial”, Encuentro Regional de Agricultura Urbana y Seguridad Alimentaria, “Recogiendo experiencias y saberes: hacia la construcción de políticas integrales”, Mesa Taller 1, Agricultura Urbana y Seguridad Alimentaria, Montevideo.

Schumacher, C. (2005): *Contribución al debate sobre Agricultura Urbana*, MNLM, Brasil.

UdelaR - IMM (2004): “Censos de Emprendimientos Productivos y Agricultores Urbanos vinculados al PPAOC-UdelaR y al Programa de Agricultura Urbana de la Intendencia Municipal de Montevideo”, Uruguay.

UN-Hábitat (2004): “Hacia la gestión de un habitab sostenible”, Oficina Regional para América Latina y el Caribe del Programa de Naciones Unidas para los Asentamientos Humanos.

Urban Harvest (2006): “Sobre cosecha urbana”, Grupo Consultivo para la Investigación Agrícola Internacional (CGIAR), System wide initiative for Urban and Peri Urban Agricultura, *Boletín 2*, CIP, Lima.

Vía Campesina (2004): “¿Qué es la Soberanía Alimentaria?”, en <http://es.wikipedia.org>

Windfuhr, M. y Jonsén, J. (2005): *Food Sovereignty: Towards democracy in localized food systems*, FIAN-International, ITDG Publishing, Bourton Hall, UK, <http://www.itpubs.org.uk>